

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — TOMO X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 16. — Nº 242.

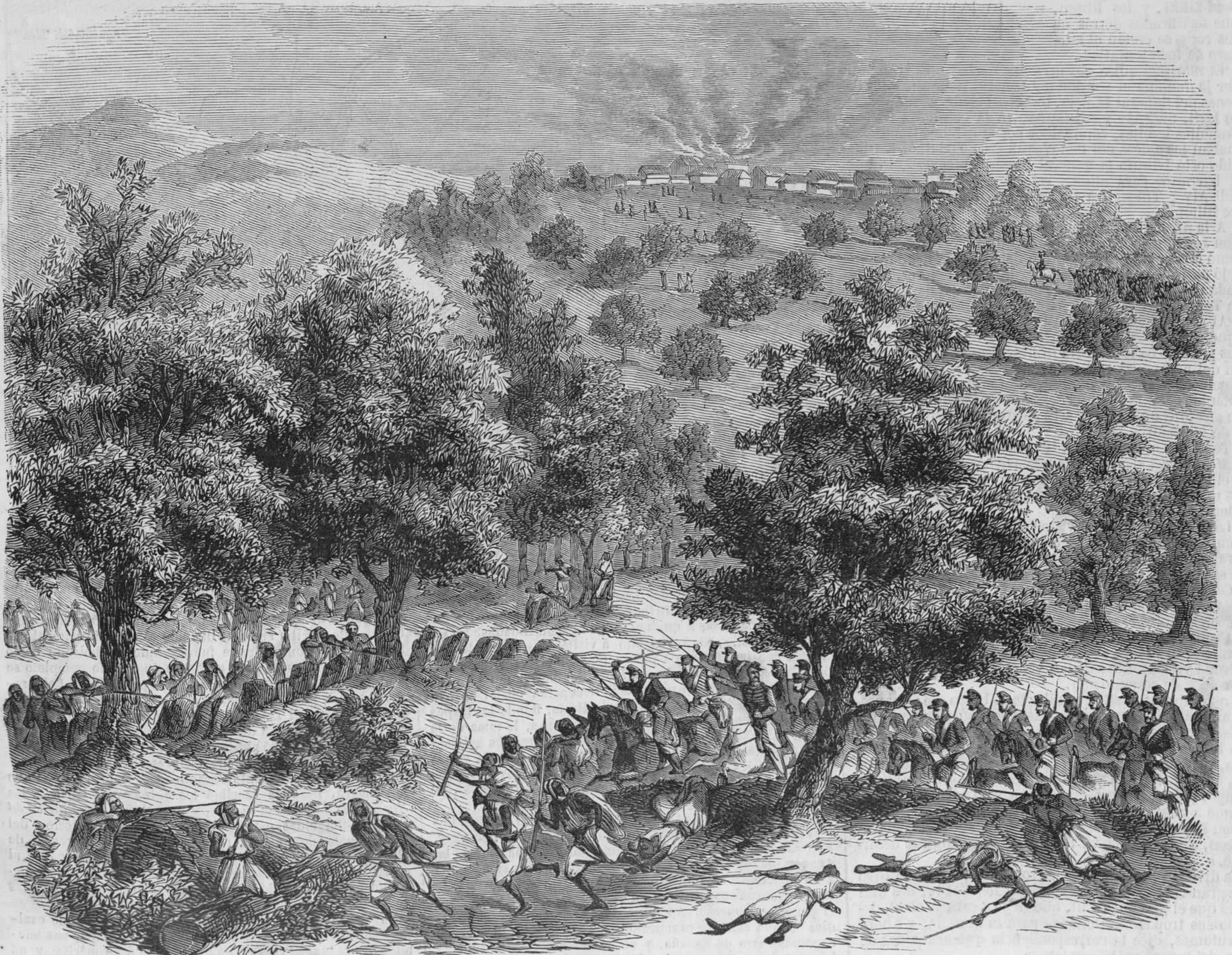
Administración general, calle del faubourg Montmartre, nº 10 en París

## SUMARIO.

Últimas operaciones de la Kabilia; grabados. — Revista de París. — A Pepa. — Proyecto de un mercado cen-

tral de la carnicería parisiense; grabado. — Entrada del golfo de la Spezzia, por el Oeste; grabado. — Amparo. — Exposición de bellas artes de 1857; grabados. — El leñador. — La batalla de Munguía. — El puente-

cillo provisional de San Miguel; grabado. — La circuncisión en Constantinopla; grabado. — Eulalia. — Revista de la moda. — Federico Sauvage; grabado.



Expedición de la Kabilia. — Combate del 2º escuadrón del 1º de cazadores de Africa y de una división del 1º de spahis contra los Beni-Yenni, el 25 de junio de 1857.



ULTIMAS OPERACIONES

de la Kabilia.

Al comenzar las operaciones del ejército francés en la Kabilia publicamos un mapa, levantado en vista de los documentos oficiales, del país en apariencia inaccesible que se trataba de someter. Seguidamente las vistas topográficas y los episodios de los combates principales que hemos dado también, han hecho conocer el campo en donde las armas francesas iban á luchar contra peligros desconocidos. Dos meses han bastado para operar esa conquista considerada como imposible, y que exigió en efecto, una larga serie de estudios y de observaciones precisas. Hoy estamos aquí el teatro mismo de la conquista, tomado del plano general de la Kabilia.

El mariscal Randon ha regresado á Argel, después de haber terminado con un éxito prodigioso la campaña de la Kabilia tan brillantemente principiada. Todas las tribus de la orilla derecha del Sebau, sometidas por el mariscal en 1854, se convirtieron en auxiliares de los franceses, y únicamente había que someter en toda la Kabilia á los Beni-Turagh, los Uthu-Malu, los Beni-Zikki, y los Illiten, que fortificados detrás de sus rocas se creían al amparo de toda tentativa.

El mariscal quiso dar un golpe decisivo. El 17 de julio por la mañana la division del general Renault, á las órdenes del general Liniers, tomaba las aldeas fortificadas de Igril, Sidi-Aly y Ait-Haman. A la izquierda los contingentes kabiles, conducidos por el capitán Gaudil, tomaban las aldeas del Ued-Yacub y de Tizi-Guefri. Obtenido este triunfo el general Renault atravesó al punto el barranco para atacar, esto es, para apoderarse de Sidi-Aly y Tiflcourt, á las extremidades de la cresta de los Illiten.

A la misma hora (á las cuatro de la mañana) la division Jusuf principió su movimiento. La brigada Deligny tomó la aldea de Ait-Abdallah delante del enemigo, que dejó en poder de los zuavos algunos prisioneros. La brigada Gastu se apoderaba al mismo tiempo de las aldeas de Taklick, Ait-Atsu y Tirurda.

Al general Jusuf le toca la mayor parte de gloria de aquella jornada, cuyo relato forma una de las mas bellas páginas de la historia militar francesa, por la audacia del ataque, la resistencia del enemigo, los peligros vencidos, el encarnizamiento de todos, y los resultados obtenidos después de una destruccion inevitable, pero de un efecto dramático que será siempre el interés mas triste de la historia.

Todas las aldeas fueron tomadas en un instante, dice el *Monitor del ejército*. Las poblaciones perseguidas hasta el fondo de las gargantas mas reconditas, de los retiros mas inaccesibles, tuvieron pérdidas de hombres considerables.

Las pérdidas de la division Jusuf se elevaron á dos hombres muertos y treinta y cuatro heridos; entre estos últimos se cuenta el general Deligny, cuya herida no es grave.

Cayó en manos de los franceses mucho ganado, y á las nueve de la noche un convoy de doscientas mujeres y niños en número proporcionado entraba en el campo, con la célebre morabita Lalla-Fatma á la cabeza, y su hermana la Fatma, especie de ídolo que venera la tribu, patrona viva de esos salvajes vencidos por el efecto de su derrota y de su sumision.

Las mujeres, puestas en libertad al otro día, se apresuraron á marchar á sus tierras, y al punto llegaron por todas partes las sumisiones.

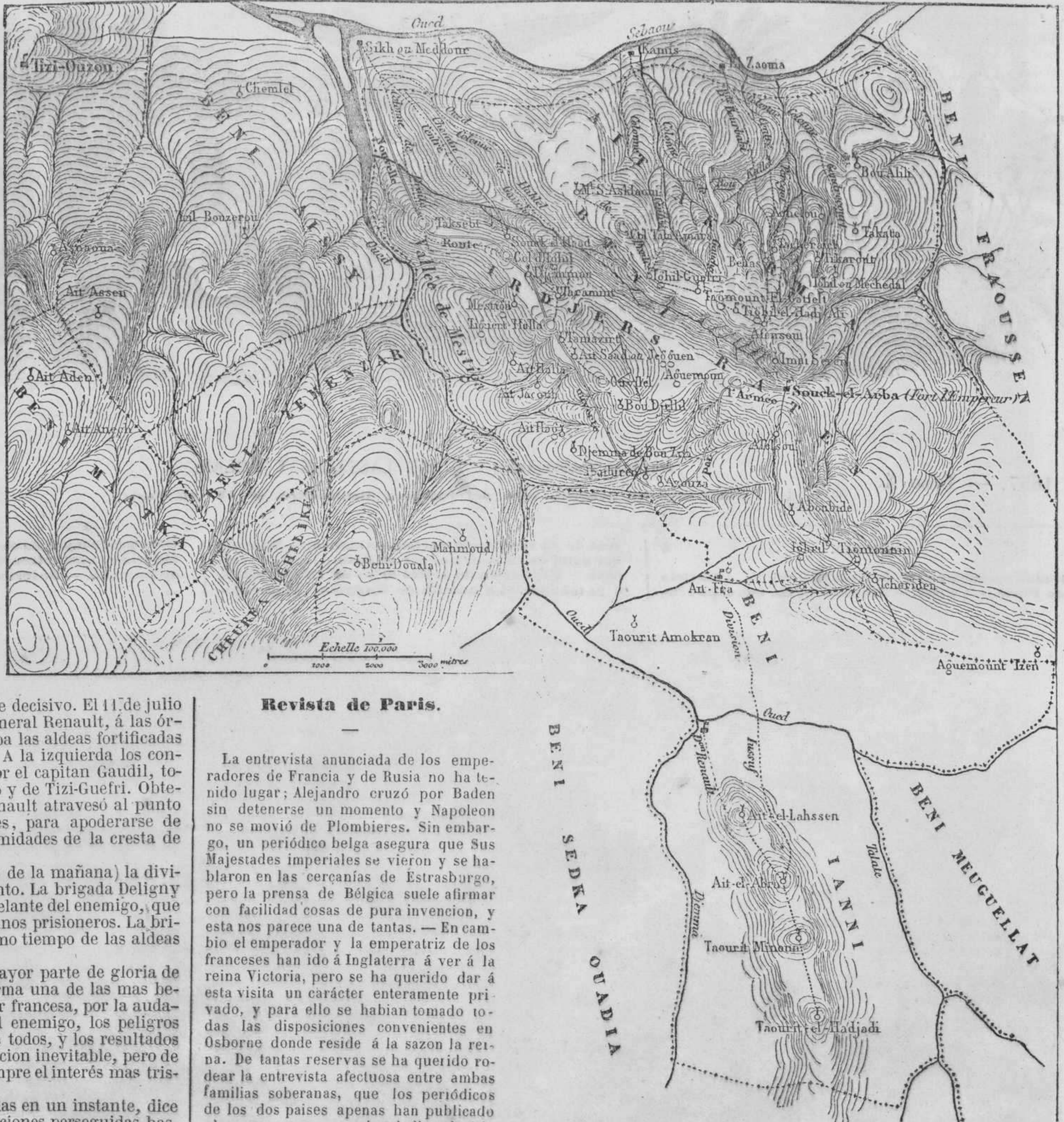
« Todo estaba acabado, dice una correspondencia francesa, y ni una tribu ni una roca quedaban fuera de nuestra dominacion. El 14 volvimos á nuestro antiguo campo, y emprendimos nuestro regreso hácia Argel, volviendo á pasar por los Icheriden y Suk-el-Arba. La division Renault se queda entera ocupando el fuerte Napoleon, que cada dia va tomando un prodigioso desarrollo. »

La division Jusuf volvió casi sola á Argel, donde tuvo una gran revista el 28. El mariscal llegó el 17, dos dias antes que el general Jusuf, que llegó á caballo el 19, dejando sus tropas acantonadas para la marcha. « Ahora disfrutamos, dice la correspondencia que acabamos de citar, del reposo mas completo. »

V. P.

KABILIA. — Indicacion de las campañas de 1857 hasta el 1º de julio

Mapa levantado por P. M. DALMONT, arquitecto.



Revista de Paris.

La entrevista anunciada de los emperadores de Francia y de Rusia no ha tenido lugar; Alejandro cruzó por Baden sin detenerse un momento y Napoleon no se movió de Plombieres. Sin embargo, un periódico belga asegura que Sus Majestades imperiales se vieron y se hablaron en las cercanías de Estrasburgo, pero la prensa de Bélgica suele afirmar con facilidad cosas de pura invencion, y esta nos parece una de tantas. — En cambio el emperador y la emperatriz de los franceses han ido á Inglaterra á ver á la reina Victoria, pero se ha querido dar á esta visita un carácter enteramente privado, y para ello se habian tomado todas las disposiciones convenientes en Osborne donde reside á la sazón la reina. De tantas reservas se ha querido rodear la entrevista afectuosa entre ambas familias soberanas, que los periódicos de los dos países apenas han publicado algunos pormenores sobre la llegada á la isla de los augustos visitantes, y el recibimiento cordial de la reina y del príncipe Alberto; quizás á su salida, al menos los diarios oficiales, nos darán una relacion con noticias mas extensas. Sus Majestades imperiales deberán regresar muy pronto á Paris á causa de las fiestas del 14 y 15 de agosto. Según el programa publicado, el emperador presidirá solemnemente el 14 la inauguracion de las obras del Louvre ya concluidas, y en la ceremonia hará una distribucion de recompensas á los arquitectos y artistas á quienes fueron encomendadas. En seguida el público será admitido á visitar interiormente esas vastas construcciones de piedra que tienen cerca de un kilómetro de extension. En cuanto á las fiestas del 15, nada nuevo nos ha dicho el programa. Recepcion oficial en Tullerías, simulacros en el Campo de Marte, donde las tropas representarán dos grandes hechos de armas, la toma de la Torre de Malakoff y los últimos ataques contra los kabilas; funciones teatrales gratuitas, grandes iluminaciones y fuegos artificiales como de costumbre: para estos regocijos públicos se ha acordado un crédito extraordinario de 250,000 francos.

Las letras francesas sufren este año pérdidas crueles. Después de Alfredo de Musset, Beranger; detrás de Beranger, Eugenio Sue. El novelista de fama universal ha muerto en Annecy (Saboya) donde se retiró después de los sucesos del 2 de diciembre. — Eugenio Sue nació á principios de este siglo, y fueron sus padrinos en la pila bautismal, Josefina y el príncipe Eugenio. Apenas concluyó sus primeros estudios cuando salió de practicante de cirujano con el ejército expedicionario de España, y en la misma calidad se embarcó á bordo de un buque del Estado y asistió á la batalla de Navarino.

Poco tiempo después dió su dimision y se consagró enteramente al cultivo de las letras, principiando por trazar las impresiones de su vida marítima en dos ó tres novelas que fueron publicadas en los años 1831 y 32 con buen éxito. Sin embargo, la fama literaria de Eugenio Sue no comenzó realmente hasta que dió *Matilde*, una de las novelas mas interesantes de nuestro tiempo, á pesar de la exageracion evidente de algunos de los personajes que en ella figuran. Hasta entonces este escritor se habia dirigido con predileccion al público de los salones, donde fué recibido y admirado como uno de los primeros, pero en breve un cambio completo se operó en él; seducida su imaginacion por la idea del progreso social, puso su pluma al servicio de esa idea.

¡Cosa singular! *Los Misterios de Paris*, esa obra notable que marca el primer paso del novelista en la última transformacion de su talento, fué publicada por el *Journal des Débats*, y el *Constitutionnel* dió luego á sus lectores el *Judio Errante*, produccion mas directamente encaminada á la propaganda que la primera. Después escribió los *Siete Pecados Capitales*, las *Memorias de un ayuda de cámara*, y por último los *Misterios del Pueblo*. — En todas estas obras, haciendo abstraccion del pensamiento, dominantes resaltan cualidades literarias de alto valor; si el estilo de Eugenio Sue no es elegante ni correcto, en cambio sus personajes están dotados de un elemento esencial, la vida, y de aquí el interés sostenido en las novelas de este autor: todo lo que vive interesa.

En el sepulcro se acaba la injusticia. Eugenio Sue exaltado por sus partidarios, deprimido y negado por sus enemigos, será juzgado en el dia con arreglo á su mérito, y no hay duda que de todo exámen imparcial resultará que fué uno de los principales talentos de la Francia moderna.



Nuestros lectores recordarán quizá que á principios de este año se habló en París de una ley que debía promulgarse para prohibir el abuso que en esta tierra de vanidad se hace de los falsos títulos de nobleza. Esta ley tan temida por los intrusos, no ha visto la luz aun, pero entre tanto tiene en brasas á muchos y ha dado lugar á mas de un incidente curioso. Entre los alarmados con la noticia, se cuenta un jóven de treinta años, muy conocido en los círculos elegantes por el vizconde de X...

Al primer anuncio de la susodicha prohibición, el título que antes envanecía á nuestro mozalvete, llegó á ser para él una carga pesada; sus amigos hallaron en esto una ocasión de bromearle. Lo mismo en los paseos que en los teatros en cuanto el jóven se presentaba, era interpelado por voces conocidas en estos términos:

— ¡Eh! ¡señor vizconde!  
Nuestro hombre no hacia caso, pero repetían el grito de tal manera que no habia posibilidad de guardar silencio.  
— ¿Me llamas á mí? preguntaba.  
— Sí por cierto.  
— Ea, dejémonos de bromas, ya sabeis que esa no me gusta.

— ¿Qué te decimos para que te enfades?  
— No me volvais á dar ese apodo ridículo.  
— ¿Qué apodo?  
— El de vizconde.  
— Pues nunca te hemos llamado de otra manera.  
— Está bien, bastante ha durado la chanza.

El hecho es, que nadie conoce al jóven sino con ese título cuyo origen se pierde en las orgías carnavalescas. Se supone que sus amigos se le otorgaron en gracia á sus finos modales, su elegancia, su aire distinguido y sus gustos aristocráticos; puede ser así, pero no es menos cierto que él aceptó su título de nobleza cuando no habia en ello peligro ninguno, mas en el día quiere deshacerse de él á toda costa. Sin embargo, por mas que dice y hace, sus amigos le repiten continuamente:

— No te enfades, vizconde.  
— Os he dicho que no soy vizconde, me comprometéis, cese ya la broma.

¡Vano empeño! Es una costumbre inveterada que no pueden abandonar de repente los amigos del vizconde.

Este sin saber ya que hacer, piensa que tendrá que recurrir á los extremos, que tendrá que batirse y recibir una estocada para desembarazarse de ese título que tanto le incomoda. Con este motivo va todos los días á la sala de armas, pero el maestro que le da lección, apenas le ve con el florete en la mano, exclama:

— En guardia, señor vizconde.

Contrasta con esta escena el siguiente caso: — Un baron de nombre retumbante, se vió despojado una noche en el teatro de la Opera de su título de nobleza por un sugeto que le llamó con familiaridad por su nombre y su apellido á secas; anteriormente le habia escrito haciendo las mismas supresiones.

— ¿Qué intencion es la de Vd. al llamarme así? preguntó el interpelado.

— No tengo otra que la de hacerle á Vd. un favor.  
— ¿Y cómo es eso?

— He pensado que ese título podría comprometer á Vd. cuando se publique la ley que se espera, y que sería ventajoso para Vd. abandonarle inmediatamente.

El baron se indignó, y provocó explicaciones que hubieron de terminarse á campo descubierto; el baron recibió una herida ligera; y le servirá como prueba cuando la ley le obligue á presentar sus pergaminos?

Otros dos títulos de origen equívoco han sabido escaparse por la tanjente en las peligrosas circunstancias actuales.

El primero es el conde de R..., y el segundo el marqués de H...

El conde sumergido en el abatimiento mas profundo se encuentra con su buen amigo el marqués no menos afligido y desolado. Se saludan tristemente, se estrechan la mano con una expresion dolorosa:

— ¿Qué noticias corren, amigo mio?  
— Malas, no pueden ser peores.

— ¿Se confirma el establecimiento de esa maldita ley?  
— El hecho es positivo. Se está elaborando en las altas regiones del gobierno; tarde ó temprano se promulgará, y en su virtud toda calificación aristocrática quedará sometida á las pruebas impuestas. Los tribunales castigarán con rigor á todo el que en adelante se dé títulos de nobleza sin poseerlos.

— Diabólica idea. ¿Porqué no se contentan con prohibir el abuso de las cruces? Ya me costó una buena multa mi cintita encarnada, y ahora sabe Dios lo que me va á suceder cuando me llamen á justificar mi calidad de conde.

— ¿No podrás hacer valer tus derechos?  
— De ningún modo; el origen de mi condado se pierde en la noche de los tiempos; las revoluciones han destruido los archivos de mi familia; ¿qué quieres que presente?

— Pues yo, digo con franqueza el marqués, nunca he tenido archivos ni pergaminos; te lo digo en confianza. En este mundo es preciso vivir, y como la existencia comun me inspiró siempre mucho horror, quise hacer papel y principié por otorgarme un título, ¡tantos lo hacen! Sin embargo, creo merecer la distincion que me concedí yo mismo; poseo una fortuna regular que me dejó mi padre, hombre que hizo dinero en el comercio de comestibles, y gracias á mi dignidad y á mis pesetas estoy en candelero. ¡Y ahora voy á tener que descubrir mi nombre y mi apellido, de una consonancia tan vulgar que hará reír á todo el mundo!... ¡Qué humillacion, querido conde!

— ¡Oh! es una humillacion insoportable, mi querido marqués.

— ¿Y cómo nos libertaremos de ella?  
— Tengo un pensamiento.

— ¿Cuál es?

— Una emigracion á Baden; allí pasaré el verano, y como en Baden no corro peligro por ahora, continuaré siendo el conde de R... y quizás lograré hallar una mujer rica que seducida por mi título haga mi fortuna, pues ya sabes que yo no soy rico aunque lo parezca. Si lo consigo me estableceré para siempre en la tierra extranjera, renunciando á mi pícaro patria.

— ¡Ah! yo no puedo seguir tus huellas; tengo negocios en París que me Jetienen... y sin embargo, veo que no hay otro recurso: el destierro ó la degradacion... ¡cruel alternativa!

— Reflexiónalo bien.  
— En fin, veremos.

El marqués ha debido reflexionarlo, pues entrambos amigos se pasean hoy en Baden con los títulos que tanto les envanecen.

Nos han contado detalles espantosos de un drama horrible acaecido en las altas montañas de la Suiza. Un jóven francés recién casado habia querido aventurarse solo con su esposa, á pesar de las recomendaciones de los habitantes del pais, por las frondosas selvas que cubren las crestas de los montes, y cuyo silencio, frescura y soledad tienen un hechizo irresistible. Habian salido por la mañana, y aunque prometieron volver á la posada á la hora de comer, dieron las cinco de la tarde y no habian vuelto todavía.

Los amigos del atrevido jóven que se habian quedado en la aldea estaban en la mayor ansiedad; el fondista trataba de tranquilizarles diciéndoles que sin duda sorprendidos por una tormenta, se habrian refugiado en alguna casita rústica de la montaña, y que regresarian á la otra mañana cuando los caminos estuvieran transitables.

Esperaron pues hasta el mediodía, y no viéndolos llegar, el fondista, acompañado de un par de mozos robustos del pais, salió en busca de los viajeros. Siguió sus huellas paso á paso, y al cabo de cinco horas de marcha, durante la cual fué dando voces por todas partes y registrando todos los precipicios sin resultado alguno, llegó á concebir una idea siniestra. Tiró algunos escopetazos á los que solo respondieron los ecos de la montaña. Entonces llegó á persuadirse de que el esposo y la esposa habrian rodado al fondo de algun abismo.

Sin embargo, prosiguiendo sus pesquisas sube á lo alto de un pico pelado, y desde allí descubre un espectáculo horroroso. El jóven francés cubierto de sangre, con los vestidos desgarrados se hallaba tendido sobre la yerba con el rostro oculto en sus manos, y como sumergido en un dolor profundo.

El ruido de los gritos que lanza el posadero le despierta, y levantándose con ojos atónitos exclama:

— Ahí está, miradla, ensangrentada, espirante.

Estas palabras estremecieron al arrojado suizo que en efecto distinguió á pocos pasos detrás del jóven el cadáver destrozado de su infortunada esposa.

— Dios mio, ¿cómo ha sucedido esa desgracia?  
— Nos habíamos sentado á descansar aquí, y al cabo de un rato ella se levantó para coger una flor silvestre y se alejó algunos pasos de mí, cuando de repente un oso excitado por el hambre la acometió al pié de ese peñasco. Se defendió del atroz ataque de la fiera con mucho valor, sus gritos me hicieron volar en su socorro, pero cuando llegué era tarde, mi pobre mujer habia perecido. Loco de desesperación cogí ese machete que habia traído conmigo, y animado con un furor ciego, maté al monstruo, pero cuando ya no tenia esposa.

Y al hablar así temblaba en todos sus miembros y se deshacia en lágrimas y sollozos.

El oso con la cabeza rota y medio molida yacia á pocos pasos de la jóven que se hallaba en un estado horrible.

El posadero y sus mozos hicieron unas angarillas donde colocaron el cadáver de la pobre víctima, y á la caída de la tarde este cortejo fúnebre entraba en la posada del pueblo. La desesperacion del jóven francés no podría pintarse.

No es esta la primera vez que eso sucede en las montañas de la Suiza. Hace dos años un inglés, sir W. T... perdió de la misma manera á su hija durante un almuerzo que hizo en una de las cumbres mas elevadas de los cuatro cantones; sir W. T... de resultas de una pérdida tan dolorosa se volvió loco en el acto.

En París se ha hablado mucho esta semana de un especulador intrépido muy conocido en la Bolsa. Este buen señor si es muy atrevido en el templo de la fortuna, en cambio es en su casa de una prudencia suma. A medida que realiza sus beneficios, convierte su valor en joyas que en los reverses le procuran recursos inmediatos; este sistema tiene sus ventajas que ha podido apreciar con frecuencia.

Víctima de operaciones desastrosas, estos últimos días, nuestro hombre se fue derecho de la Bolsa á casa de un joyero y le dijo:

— Aquí traigo el aderezo que compré hace tres meses por cinco mil pesos.

— ¿Y qué desea Vd.?  
— Quiero cedérselo á Vd. por cuatro mil, pero me hará Vd. el favor de desmontar las piedras y poner otras falsas en su lugar, á fin de que mi señora no advierta nada.

— No puede ser, responde el comerciante con cierta reticencia.

— ¡Cómo! ¿No le conviene á Vd. el precio? ¿Quiere Vd. mas rebaja?  
— La dificultad no está ahí; le daré á Vd. un consejo: si tiene Vd. otra cosa de que echar mano, conserve Vd. esta alhaja tal como está.

— Estoy decidido á deshacerme de ella; si á Vd. no le conviene iré á otra parte.

— Entonces voy á decirle á Vd. la verdad que sabria Vd. por boca de otro: las piedras de ese aderezo son falsas.

— ¿Y el dinero que he entregado á Vd.?  
— Hace quince días que su señora de Vd. ha venido á pedirme lo mismo que Vd. me pide ahora, la compra de la joya

á un precio inferior y la sustitucion de piedras falsas á los brillantes con que fué vendida.

El especulador salió de la tienda irritado y confuso, y es muy probable que á esta hora haya encontrado otro sistema para la colocacion de sus beneficios, que pueda él monopolizar exclusivamente.

MARIANO URRABIETA.

## A PEPA.

Mano y alma te ofrezco,  
Pepa querida,  
Que ya me va cansando  
La soltería;  
Mas es preciso  
Que antes de todo sepas  
Cuántas son cinco.  
Antes que nos casemos  
Cuentas ajusta;  
Mira que Dios me ha dado  
Muy malas pulgas;  
Y si me engañas,  
Te rompo las costillas  
Con una estaca.  
Si es que no te has mirado  
Nunca al espejo,  
Antes que el trato admitas  
Debes hacerlo,  
Luego no vengas  
«Con que tu cara vale  
Muchas pesetas.»

Una vez solamente  
Quise de veras,  
Y perdí desde entonces  
Mi fe en las hembras;  
Pero tú puedes  
Probarme que unas santas  
Sois las mujeres.  
Aunque no me disgusten  
Los cuerpos buenos,  
Busco en la mujer alma,  
No busco cuerpo;  
Pues para carne...  
En las carnicerías  
Venden bastante.  
Es decir que si tienes  
Pequeña el alma,  
Peloterías tendremos  
En abundancia,  
Por mas que vengas  
«Con que tu cara vale  
Muchas pesetas.»

ANTONIO DE TRUEBA.

## Proyecto de un mercado central de la carnicería parisiense.

M. H. Bourdon es autor de una idea que consiste en reunir al mercado de ganado central, cuya construccion parece cosa determinada, un matadero único y una especie de factoría donde podrian venderse á pública subasta los bueyes vivos ó no, segun como quisieran los ganaderos. La idea de M. Bourdon está materializada en el dibujo que publicamos debido al inteligente arquitecto M. Eduardo Janicot. Con breves palabras explicaremos las construcciones de forma un poco nueva que se ven en nuestro dibujo.

En el centro de la lámina la rotunda cubierta será el mercado central: cerca de tres hectáreas de terreno, donde en todo tiempo hallará su abrigo, la gente y el ganado. Esa rotunda cubrirá una superficie de 2,000 metros mayor que todo el mercado actual de Sceaux; en ella se harán las grandes ventas á pública subasta.

Los ganados confiados por sus dueños á los ferro-carriles que por todas partes convergen hácia París, llegarán directamente al mercado por un ramal en comunicacion con el camino de circuito de París, de tal suerte que los animales serán conducidos sin cansancio hasta el matadero donde deben ser sacrificados.

En el desembarcadero los animales serán pesados y numerados, y luego á cada uno se le pondrá su rótulo; sus boletines de viaje, especie de pasaporte, tendrán la indicacion del precio que desea obtener el vendedor, esto es, el minimum, de tal modo que la venta se podrá hacer como si el productor se hallase presente.

Si nadie ofrece el precio señalado, se guardará el animal uno ó dos días, ó bien le matarán, como quiera el vendedor. En los establos, apriscos y porchiqueras que se ven en torno del mercado central, además de los animales no vendidos, se encontrarán los abastecimientos de París para una semana si se quiere.

Como las ventas se harán á pública subasta, se sabrá de un modo fijo el precio del ganado, y así los mercuriales serán la expresion exacta de la verdad.

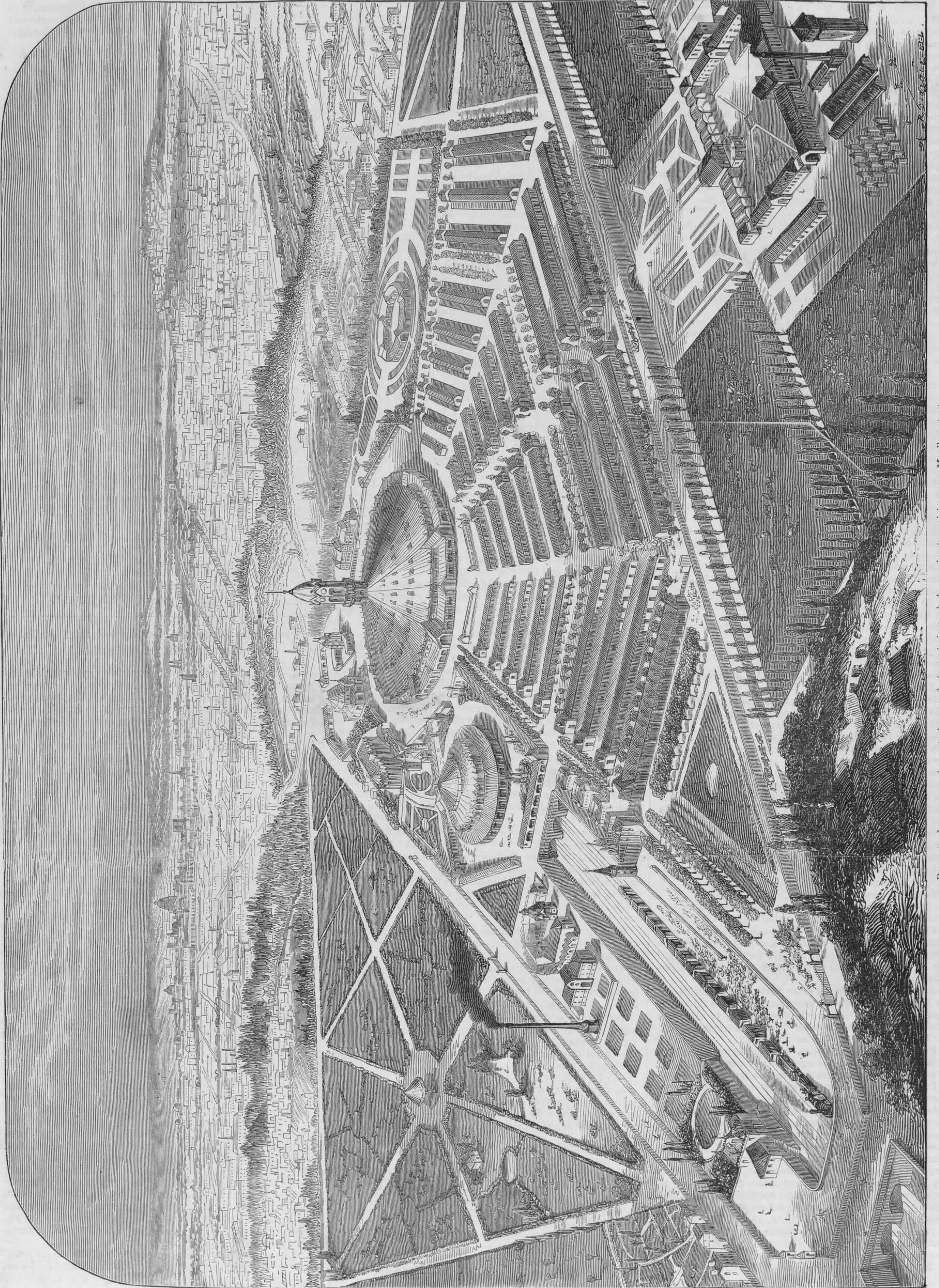
El vendedor sabrá en cuánto debe vender la mercancía; el comprador sabrá cuánto debe pagarla, y el consumidor estará igualmente al corriente de los precios.

Se ha criticado el sitio elegido por M. Bourdon, que es Menilmontant, detrás del cementerio del Père Lachaise; pero á esto responde el autor que escogió ese sitio porque de 1,378,135 habitantes que posee París, la orilla izquierda del Sena cuenta únicamente 349,286; ahora bien, como era preciso optar entre las dos orillas, se eligió la derecha. En la orilla derecha hay cuatrocientos carniceros, y en la otra apenas hay ciento.

La base del proyecto es excelente, pues tiene en su favor la sencillez del mecanismo y la sinceridad de los resultados.

V. B.





Proyecto de un mercado central para el abastecimiento de la carnicería parisiense en Menilmontant.



**Entrada del golfo de la Spezzia, por el Oeste.**

Damos el dibujo representando el puertó de la Spezzia que acaba de ser decretado por las cámaras piemontesas para que sirva de puerto militar del país. Una correspondencia italiana que acompaña al dibujo, trae algunos detalles sobre la situación respectiva de los dos puertos rivales, Génova y la Spezzia. El primero tiene la forma de una media luna, dejando al S. O. una abertura de unos 400 metros. El dique destinado á los buques de guerra desarmados, y suficiente para una marina compuesta de galeras ó de buques de pequeñas dimensiones, no podia contener las grandes máquinas navales producidas por la industria actual. Entre otros inconvenientes del puerto de Génova citaremos la precision que habia, cuando ya los buques de guerra habian recibido su arboladura, de remolcarlos en rada á 2 kilómetros para ponerlos la artillería, y tambien la situación de los astilleros de construcción situados á 4 kilómetros del puerto.

La Spezzia por el contrario, situada á unas 13 leguas S. E. de Génova, llamó ya en tiempo del imperio la atención de Napoleon, que mandó construir un fuerte que

conserva su nombre todavía. El emperador queria hacer de ese golfo uno de sus puertos de mar mas importantes. El golfo, de forma ovalada muy larga, tiene unas 4 leguas de profundidad y dos de abertura; se halla abierto únicamente á los vientos S. S. O., y encierra cuatro bahías principales que todas pueden convertirse en buenos puertos. La profundidad del agua en todas las ensenadas es de 8 á 15 metros, de manera que á beneficio de algunas obras, los buques mayores podrán seguir los muelles.

A orillas de la nueva rada se encuentran ocho ó diez aldeas pintorescamente situadas, y en el fondo está la ciudad de la Spezzia que tiene unos 10,000 habitantes. A dos kilómetros de la ciudad, en el fondo del golfo salta de la superficie del mar un manantial de agua dulce, cuya fuerza y volumen son tales, que por un viento fuerte, las olas no se quiebran en el sitio por donde sale.

Se habla de construir allí una fuente para que los buques puedan hacer agua. Todas estas ventajas y muchas mas que sin querer omitimos, explican perfectamente la acertada eleccion de las cámaras, y prometen resultados brillantes.

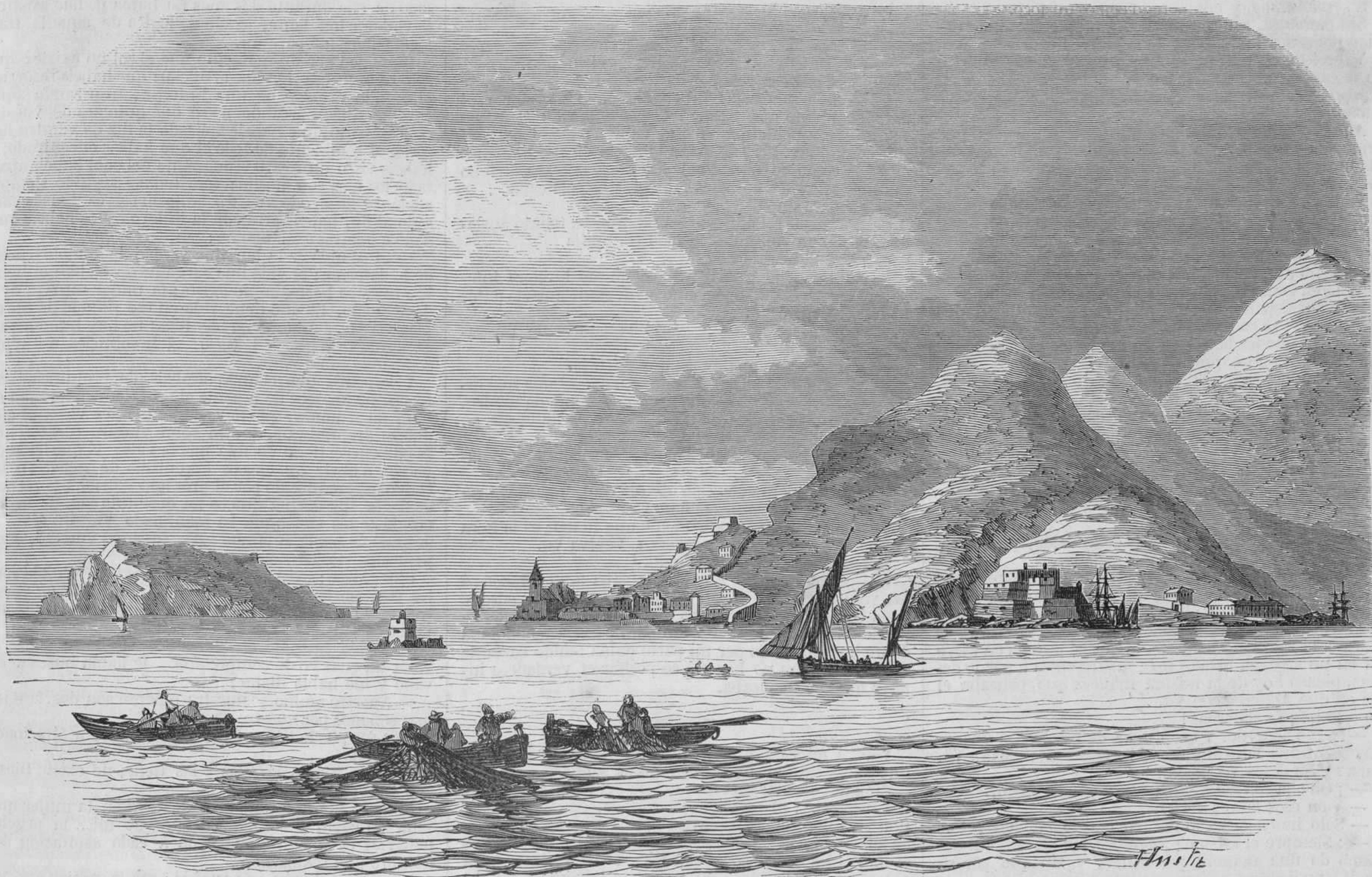
V. P.

**AMPARO.**

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion)

Yo solo puedo daros una descripción incompletísima: yo solo puedo deciros que era una jóven de veinte años, alta, esbelta, admirablemente formada, con ojos negros, grandes, brillantes, hermosos hasta lo infinito; frente blanca, tersa, pura como el marfil: vamos, es imposible, lo veo; á una mujer hermosa se la pinta, no se la describe, y aun pintándola, por mas que el retrato sea obra de un gran artista, solo tendreis el remedo, porque faltará allí la vida, porque una fisonomía no se reproduce en un solo rasgo, en una sola manifestación; porque no pueden fijarse, reproducirse las ondulaciones del alma, esa sonrisa á la que sucede una gravedad triste, esa mirada anhelante que vacila y tiembla delante de vuestro mirada y se aparta de vos para volver á buscaros ya mas serena, mas cauta, rehecha de la primera impresión; esa boca entreabierta y pura que deja escapar un hálito ardiente y entrecortado; ese seno que se alza y se deprime obedeciendo á



Isla Palonaria.

Fuerte ruinoso.

Porto-Venere.

Varignano.

Fuerte Napoleon.

su hálito; no, no, el pintor no puede reproducir el alma en un momento dado; y el alma que es la luz del semblante, no se reproduce, no se manifiesta en una sola sensación... es imposible que yo pueda daros una idea de Amparo.

Lo que sí puedo deciros es que estaba completamente trasformada: solo conservaba de lo que habia sido la cicatriz de la herida que se habia hecho en la mano derecha al huir de la infamia; por lo demás, los gérmenes morales y físicos que en ella existian cuando yo salí seis años antes de Madrid, se habian desarrollado; en lo moral, no era ya pobre muchacha de maneras humildes, viva y tímida á un tiempo, recelosa y confiada, conocedora solo de la miseria y resignada por un instinto de fuerza á su pobreza: era en el aspecto una dama en la que nada podia echarse menos, ni las maneras sueltas, dignas y sin afectación del gran mundo, ni el gusto mas exquisito en el traje, ni la posesión de sí misma, ni la ausencia de toda afectación, de todo ensimismamiento: quedaba siempre en ella la mirada lúcida, anhelante, la dulce palidez, la triste sonrisa, la expresión melancólica y profundamente resignada; pero no era aquella la resignación que se refiere á los dolores físicos, á las privaciones, al trabajo, á la carencia de todo lo necesario: era una resignación mas terrible, porque se referia al infortunio del alma, á la carencia de esas expansiones sin las cuales un ser humano no es otra cosa que un cadáver á quien su propio cuerpo sirve de ataúd ambulante.

En lo físico la transformación habia sido tambien maravillosa: habia crecido, sus formas antes flacas se habian redondeado, modelado, armonizado, dulcificado hasta lo infinito; se desprendia de ella tal fuerza de vida, su piel era tan intensamente blanca, tan sedosa, tan bellamente pálida, con una palidez nacarada; sus cabellos eran tan negros, tan brillantes, tan ricos, que su peinado parecia estar hecho por un escultor griego, sobre ébano; las cejas negras y las pestañas negras tambien, espesas, convexas, dando fuerza con su sombra á su mirada, velándola, amortiguando su brillo; su boca pequeña, de color vivo, fresco y puro; el corte general de la cabeza, lo esbelto del cuello, lo redondo de los hombros, la altura virginal del seno y los brazos que se veian entre los encajes de una bata de seda á listas, la suelta plegadura de esta bata que revelaba la ausencia de esos ahuecadores con que las raquílicas mujeres de nuestros dias encubren la flacura de sus formas, todo esto la daba una fuerza de voluptuosidad irresistible, y para aumentar esta voluptuosidad, se desprendia de ella, de su expresión, de sus miradas, de su aptitud, tal perfume de castidad que era necesario creer que su cuerpo como su alma estaba virgen.

Y sin embargo, aquella boca entreabierta y suspirante, aquella mirada vaga y tímida, aquella palidez mate revelaban que en ella ardía el fuego sagrado, que estaba ansiosa de amor.

¿Pero á quién podia amar Amparo?

¿Dónde el ser que pudiese llenar aquella alma tan

entusiasta, tan apasionada por lo bello, que se remontaba en sus aspiraciones al cielo y vivía con pena en la tierra?

¿Dónde el alma en que pudiera reclinarse, confundirse, vivir aquella alma desterrada?

Porque estas aspiraciones y estas necesidades de su alma estaban impresas sobre el semblante de Amparo.

Y fué tan franca en los primeros momentos de nuestra vista la expresión de aquel semblante, que comprendí que Amparo amaba, que amaba con toda su alma, y que amaba sin esperanza.

Y al comprender esto sentí al mismo tiempo celos y remordimientos.

Celos, porque no era yo el hombre á quien ella amaba.

Remordimientos, porque elevando su educación, habia elevado su espíritu, la habia aumentado sus aspiraciones, y la habia hecho por consecuencia infeliz.

Porque á pesar de su magnífica hermosura, ni tenia nombre ni dote.

Amparo era una expósita: Amparo solo tenia necesidades.

¡Y es tan positivista el siglo XIX!

En otros tiempos la hermosura y la virtud podrian haber sido un magnífico dote; hoy el dote está sobre la virtud y sobre la hermosura: los viejos son los únicos que se casan con las mujeres jóvenes, honradas y bonitas.



El siglo XIX, bajo cualquier faz que se le mire, es el siglo de la sangre y del lodo.

El siglo de la compraventa.

El siglo del incesto y del adulterio.

El siglo corruptor y corrompido.

El siglo en que la acepción de las palabras mas nobles está viciada.

El siglo en que todo es mentira menos el dinero.

¿Qué podeis esperar de un siglo en el cual el que invoca con entusiasmo la patria, el amor y la fraternidad, ó lo que es lo mismo, la caridad, se pone en ridículo!

¿De un siglo en que!...

El siglo XX hará la historia del siglo XIX.

¿Qué podía esperar Amparo?

Una vida de sufrimientos.

Porque Amparo tenía la desgracia de flotar, soñando, en alas de su entusiasmo, en una región á la cual solo podía alzarse su deseo.

Todo lo que acabo de apuntar, lo observé, lo comparé, lo pensé, lo deduje en un momento en que estuvimos callando, ella turbada con la mirada baja, yo contemplándola absorto y enamorado.

Sí, enamorado, y enamorado como un loco.

Sin embargo, un mismo pensamiento sin duda nos hizo ponernos la máscara de la conveniencia.

Yo creí que debía apelar á toda mi fuerza de espíritu para mostrarme con ella en la verdadera posición en que podía colocarme, esto es, en la posición en que me encontraba seis años antes.

Amparo debía ser siempre para mí la misma: una protegida á quien yo dispensaba cuanta protección debía de una manera enteramente desinteresada: lo demás me parecía repugnante.

Y ella... ella levantó al fin los ojos. Su semblante no mostraba más expresión que la del respeto, la del agradecimiento; era la misma niña de seis años antes, pero hermosa, hermosísima, con un traje de seda, en una habitación amueblada con gusto y confiada y tranquila á mi lado, como si se hubiera tratado de su padre.

Pero se trasparentaba bajo aquella tranquilidad algo de doloroso: se comprendía que la careta la hacia daño.

— ¿Con que hasta tal punto me había olvidado Vd., me dijo sonriendo, que no me ha reconocido?

— Se ha transformado Vd. de una manera completa, la contesté.

— Creo que quien se ha transformado es Vd.

— ¡Yo! No por cierto, siempre el mismo, se lo juro á Vd.

— ¿Y ese usted? ¿ese encogimiento?... Yo... yo soy siempre la misma: siempre contenta, siempre amándole á Vd., siempre dando gracias á Dios por el bien que me ha hecho...

— Me parece, Amparo, la dije conmovido, que sufres, que no eres feliz, que estás contrariada.

— ¡Ah! Ya vuelve Vd. á ser el que era; el usted me hacia daño; por lo demás veamos lo que soy: una muchacha que en vez de vivir en un tabuco, vive en un bonito cuarto, que viste seda y que borda, cose, canta, atormenta un piano y enseña lo que se enseña en España en un colegio. Esta es toda la diferencia: por lo demás, pienso hoy de la misma manera que pensaba el día en que almorcé con Vd.

— ¡Ah! ¡Te acuerdas!

— Sí me acuerdo. Y en prueba de mi buena memoria, ¿continúa Vd. cansado de la vida? ¿No espera Vd. nada? ¿No desea Vd. nada?

— ¡Oh! la contesté, nada espero, nada deseo.

— Y en esos largos viajes...

— Solo he encontrado motivo para hastiarme mas.

— ¡Siempre el mismo! ¡Siempre sin esperanza! exclamó de una manera particular, y sin que por su acento pudiera yo conocer su intención.

— Esto en mí es una enfermedad incurable, la dije: tratemos de tí... y tú... ¿qué esperas? ¿qué deseas?

— Yo... me contestó mirándome fijamente, pienso como pensaba hace seis años.

— No recuerdo.

— Pienso buscar la paz y la felicidad en Dios.

— ¡Ah! ¡vuelves á lo del convento!

— Sí.

— Pero es extraño... ¿No amas?

— No.

— Eso es imposible. Una jóven como tú...

— Una jóven como yo... que no se pertenece, que solo puede dar á un hombre inconvenientes, que no tiene apellido para sus hijos, no se casa; y una mujer como yo cuando no piensa casarse no ama.

— El amor es un sentimiento: no se ama porque se quiere amar.

— Sí, sí; concedido: comprendo que se ama porque se ama. Pero he tenido la suerte de no enamorarme.

— De seguro no habrá faltado...

— ¿Y qué importa? yo me he guardado muy bien de amar.

— Pero... lo que yo quería está ya conseguido: eres toda una dama...

— Sí, es verdad: soy directora de un colegio, y salgo todos los días á dar lecciones de lenguas.

— Pero y b.en... este siglo no mira mas que las apariencias... acepta un dote cuantioso; cierra el colegio...

— ¡Ah! ¡Es que quiere Vd. comprarme un marido!

La contestación de Amparo, aunque pronunciada en medio de una alegre risa y con gran ligereza, tenía un fondo de dolor y de dignidad ofendida que no podían desconocerse.

— No hablemos mas de eso, la dije; harás lo que quieras, todo menos ser monja. Hablemos de otra cosa. ¿Qué se ha hecho de doña Gregoria?

— Ha muerto hace dos años, me contestó tristemente.

— ¡Ah! ¡pobre mujer!

— No por cierto; murió con la resignación de una cristiana entre mis brazos.

— ¿Y su marido?

— Está empleado en provincia.

— ¿Y el padre Ambrosio?

— Sigue viviendo en su casa de vecindad.

— Y tú... ¿cómo estás al frente del colegio?

— Antes de que muriera doña Gregoria lo estaba ya.

Habia sufrido un exámen, y al morir doña Gregoria era necesario cerrar el establecimiento ó encargarme yo de él... Entonces, el bueno de don Tomás se convino á que se le pagasen los muebles, y... en dos años nada le debo; estoy establecida... soy independiente, tengo un pequeño capital... lo que basta para mi dote... y ya que Vd. ha venido, me voy al claustro... decididamente... me voy á buscar la paz:

— Es que yo no quiero.

— ¿Y qué quiere Vd. que haga? ¿Cuál es su voluntad de Vd.? ¿Quiere Vd. que me case? Me casaré. Pero me casaré con un pobre.

— No, no es eso...

— Pues el convento...

— El colegio...

— Una soltera sola no está bien en el mundo.

— ¿Y te casarias solo por darme gusto?

— No me pertenezco: Vd. es mi padre: mi amor y mi agradecimiento me mandan obedecer á Vd.: si así no fuera hace mucho tiempo que habria tomado un partido cualquiera. Pero no quise tomarle sin conocimiento de Vd. y como no sabia donde Vd. se encontraba... como durante seis años no ha escrito Vd. una sola carta...

— ¿Y para qué?

— ¿Para qué? Para que yo no hubiese tenido ansiedad, para que yo hubiese estado tranquila.

— ¡Ah! El no saber de mí...

— Hubiera sido una infame si no me hubiera interesado la suerte de Vd. Le amo á Vd. como amaria á mis padres... y mire Vd.

Y Amparo se levantó y abrió la puerta de un gabinete.

— Ahí no entra nadie mas que yo, dijo.

— ¿Y aquella luz? la pregunté señalando una que ardia delante de una Virgen de los Dolores pintada al oleo.

— Esa luz arde delante de la Virgen desde el día en que Vd. salió de Madrid.

Y entonces los ojos de Amparo se llenaron de lágrimas.

No sé si hubiera cometido alguna imprudencia, porque en aquel momento sonó una campana.

— Adios, me dijo tendiéndome una mano; es la hora de comer y mis niñas me esperan. Vuelva Vd.

Salió enamorado y desesperado.

Enamorado, porque Amparo hablaba á mi corazón, á mi voluptuosidad, á mi razón; desesperado, porque nada habia visto en Amparo mas que una ardiente expresión de agradecimiento. Amparo parecia enamorada de un imposible. Yo por mi parte habia tenido bastante sangre fria para no hacerla sospechar el verdadero interés que me inspiraba.

— Necesito que sea mía, enteramente mía.

Y al expresar mi corazón la devorante necesidad de poseerla, mi razón me gritaba severa:

— Es necesario que sea tu esposa.

De la misma manera que no he podido describirlos á Amparo, no puedo hacerlos comprender de qué manera la deseaba, de qué manera la amaba.

La deseaba como jamás habia ansiado otra mujer. Parecíame que las mujeres con las cuales habia extragado mi corazón y mis sentidos eran de otra especie que Amparo: me parecia que Amparo era la mujer... ella sola la mujer: esa mitad preciosa de la vida del hombre: la compensación de su fatiga, la alegría de sus pesares, el aliento de su corazón, la mitad del cuerpo y del alma de nuestro hijo, de ese dulce punto de unión donde van á confundirse en una pos existencias; la mujer con la cual nos identificamos, que siente con nosotros como nosotros sentimos con ella; que sufre cuando sufrimos; que goza cuando gozamos; que se muestra orgullosa por pertenecernos, y fuerte por nuestra fuerza; que asida de nuestro brazo se encamina tranquila á la tumba, y muere contenta y feliz si en su lecho de muerte se ve rodeada del amor de una familia en la cual se mira multiplicada, jóven, fuerte, hermosa como en los días de su juventud.

Yo al desear á Amparo, deseaba la familia... yo queria rodearme de esos testimonios de la inmortalidad humana que se llaman hijos. (Porque yo entonces, vuelvo

á repetirlo, era impío y no podia referirme á la inmortalidad sino refiriéndome á la maldad.) Yo necesitaba en fin, la piedra del hogar, consagrado por el amor y por la virtud.

La amaba... voy á procurar deciros las manifestaciones intimas del amor que me inspiraba Amparo.

Era un amor, ni todo espíritu, ni todo materia. Era un amor humano: el amor del hombre hácia la mujer: una atracción incontrastable me arrastraba en mi pensamiento á confundirme con ella: parecíame sentir la engrandeciéndome mi ser, absorbiéndose enteramente su cuerpo y su alma, respirando en su aliento, latiendo en su corazón, viviendo en su vida... ¡Oh! El lenguaje humano es miserable... no tiene palabras para el sentimiento, es impotente para traducir el alma. Yo la amaba como á mí mismo, mas que á mí mismo: la amaba hacia mucho tiempo: para conocer que la amaba necesité verla en el esplendor de su hermosura, en el lujo de su transformación, y entonces comprendí que yo no estaba hastiado, sino sediento; que en mí no habia muerto nada, que mi vida habia pasado entre un marasmo fatigoso producido por el lodo del mundo en que hasta entonces me habia revolcado.

Aquella transición de la trapería á la dama, de la niña á la mujer, transición para mí violenta puesto que alejado de ella durante seis años no habia podido asistir á la elaboración lenta, gradual, lógica de aquella transformación; fué para mí...

(Suponed por un momento que el sol no existe: que solo os alumbraba una luz artificial: que habeis recorrido el mundo armado de una linterna, tropezando aquí, cayendo allá, buscando no sé qué quimera de vuestro pensamiento; que habeis aplicado la luz de vuestra linterna al semblante de todo el que habeis encontrado, y habeis visto un rostro repugnante del cual habeis apartado los ojos con hastio; que habeis seguido siempre adelante buscando vuestro fantasma y os habeis cansado al fin, habeis arrojado la linterna y os habeis quedado á oscuras exclamando:

— El mundo es la horrible verdad de lo monstruoso, de lo deforme: la vida una carga insoportable; el hombre nuestro hermano no existe; la mujer nuestra ayuda es sueño. El que tiene vida en ese mundo de horribles verdades muere; no hay Dios: no hay humanidad. El mundo es hijo del acaso: el hombre es un reptil como otro cualquiera.

Y suponed que cuando acabais de pronunciar esa blasfemia aparece de repente el sol en una explosión de luz y de armonía: que llevais una mano á vuestros ojos que se deslumbran, y otra sobre vuestro corazón que se entenece lleno de una nueva vida; y que cuando volveis á abrir los ojos os encontrais de nuevo en las tinieblas, enardecido por el próximo y candente recuerdo de la luz divina que os ha deslumbrado, de la armonía de los cielos que ha reanimado vuestro ser... y despues de haber supuesto esto, suponed vuestra desesperación, vuestro dolor.

Dios existe: existe la luz; pero Dios está irritado contra vos; no ha hecho la luz para que brille en vuestros ojos; no ha hecho la armonía para que deleite vuestros sentidos: sois un ser condenado.

Yo habia buscado en el mundo sin encontrarle el amor tal cual yo le comprendia... le habia buscado en vano y me habia dicho:

— Nuestro amigo y nuestra amante son dos fantasmas soñados por nuestro deseo.

Dios no puede haber dado á su hechura aspiraciones imposibles.

Si no ha podido dárselas y las tiene, no existe Dios: O Dios es el acaso.)

Amparo fué para mí el sol de la vida, la mujer que salia del edem y se ponía delante de mí... la prueba material de que Dios ha dado á cada aspiración del hombre una realización.

Amparo realizaba mis sueños: era la mujer que yo habia buscado en vano, la mujer que hablaba á mi corazón y á mis sentidos; pero... Amparo no me amaba: si me hubiera amado, yo la hubiera comprendido. Amparo me consideraba como su protector, como su padre: Amparo se resignaba á cumplir mi voluntad hasta el punto de casarse con el hombre que yo la designase... y Amparo amaba... Amparo sufría... sus ojos, mi alma, habian apurado el sufrimiento... Amparo no era mía... habia visto por un momento mi fantasma y me le arrebató Dios.

Dios castigaba mi impiedad.

.....

Pasaron algunos días sin que yo fuese á ver á Amparo.

Tenia miedo de verla.

Temía echar á perder inútilmente mi papel de protector, de padre, dejándome arrebatar á una situación ridícula en un momento de olvido.

En estos días mi administrador general se empeñó en darme cuentas, y me ví obligado á ceder, para que tuviese ocasión de convencerme de que era hombre de bien.

Pasé por alto una multitud de partidas; pero no pude menos de reparar en una data.

Estaba figurada en estos términos:

«A doña Amparo, por encargo especial del señor, cuatro mil reales.»

— ¡Cuatro mil reales! dije con extrañeza: ese no será el total de la data.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....



— Sí, sí por cierto, señor, doña Amparo no ha recibido mas.

— ¿Y en qué consiste? ¿No mandé á Vd. que entregase todos los meses mil reales á doña Gregoria?

— Sí, sí señor; pero doña Gregoria me dijo al cuarto mes que no recibía mas... por aquel año... que á la señorita la bastaba para un año aquella cantidad, y...

— Usted debió insistir.

— Insistí... pero yo no podía obligar á doña Gregoria...

— Y al año siguiente...

— Fuí el primero de enero con cuatro mil reales.

— Pero no constan.

— Es que doña Gregoria no los quiso recibir.

— Es Vd. un torpe.

— Yo puedo sacar á un deudor la cerilla de los oídos, y se la saco si no encuentro otro medio de cobrar, para lo cual soy muy listo; pero no se me ocurre que haya en lo humano un medio para hacer tomar dinero á una persona que no quiere tomarlo, lo cual afortunadamente es muy raro.

— Pero ¿qué razones dió á Vd. doña Gregoria?

— Con las palabras mas dulces del mundo, deshaciéndose en elogios y palabras de agradecimiento hacia Vd. me dijo que la señorita Amparo, ayudándola en el cuidado de las niñas del colegio, ganaba lo bastante para sus necesidades.

No supe qué contestar. Amparo volvía á hacerse superior á mí.

Mi administrador continuó impasible relatándome sus cuentas.

Al fin en las de dos años antes leyó lo siguiente:

— Cargo: recibido de doña Amparo, cuatro mil reales.

No pude contenerme: mi irritación estalló: mi administrador es un asesino: apuré con él la suma de los dietarios conocidos y por conocer, y le destituí.

Amparo se engrandecía á mis ojos.

No puedo decir que me humillaba su dignidad, porque la amaba de tal modo que su dignidad era la dignidad mía; pero la posición en que ella se había colocado respecto á mí me desesperaba.

¿Con que lo que únicamente había hecho por ella había sido darla la mano, ayudarla á salir de la precaria situación en que se encontraba? ¿Con que solo me debía agradecimiento? ¿Con que el mayor trabajo de la obra de su transformación había sido suyo?

El dinero es la piedra de toque del corazón humano.

Amparo había arrancado de enmedio de nosotros dos el dinero.

Amparo se había colocado delante de mí á una inmensa altura.

Elevándose, elevó ante mis ojos á la mujer, á la humanidad, y me obligó á confesar que existía la virtud sobre la tierra.

Y mi corazón y mi cabeza me decían:

— La amas, necesitas su amor para vivir.

Y mi desesperación me decía:

— Amparo no te ama.

Entonces blasfemaba yo.

Fuí á verla.

Habían pasado ocho días desde mi visita de vuelta de viaje.

Tiré con fuerza de la campanilla y me hice anunciar.

Amparo salió hasta el recibimiento y me tendió la mano con la mayor naturalidad.

— Otra vez no pida Vd. que le anuncien, me dijo sonriendo.

Y me llevó á la sala asido de la mano.

El contacto de aquella preciosa mano que estrechaba dulcemente la mía con una noble confianza, como se estrecha la mano de un protector á quien se ama, me causaba una impresión que en vano quería explicar: parecíame que aquella mano me transmitía otra vida mas pura, mas fácil; me embriagaba en un goce lánguido y tranquilo...

Indudablemente yo estaba enamorado de remate, y divinizaba todo lo que pertenecía á Amparo, todo lo que emanaba de ella.

Pero yo iba preparado, y tuve bastante fuerza de voluntad para no mostrarme ni mas ni menos interesado por ella que lo estaba seis años antes.

Ella estaba perfectamente tranquila, alegre, confiada y retenía mi mano en la suya, no como la retiene una amante, sino como retiene una hija la mano de su padre, de quien ha estado separada muchos años.

La contemplé durante algun tiempo sin perder ni un instante el cuidado de mí mismo, temiendo que una mirada, un accidente cualquiera la hiciese conocer el verdadero interés que me inspiraba.

Yo era entonces un cómico que representaba dolorosamente su papel.

— Me alegró, la dije al fin.

— ¿Y de qué se alegra Vd. ? me contestó mirándome con gravedad.

— Me parece que eres feliz.

— ¡Oh! sí, completamente feliz, me contestó; ya lo creo, al cabo le tenemos á Vd.

— ¡Le tenemos! exclamé con extrañeza.

— Sí, sí por cierto, el padre Ambrosio y yo. Y aun el mismo Mustafá, mirele Vd. echado entre nosotros y mirándole de hito en hito. A pesar de que es ya viejo no se ha olvidado de Vd.; no es Vd. para él una persona desconocida... ¿Ha ido á verle á Vd. el padre Ambrosio?

— No por cierto, y me hubiera alegrado mucho de verle.

— No se habrá atrevido... es tan tímido.

— Yo iré á verle cuando salga de aquí, pero es necesario que me digas dónde vive.

Amparo se levantó y escribió las señas que me entregó.

Tenia un precioso carácter español.

— Escribes muy bien, la dije.

— Es mi obligación. ¿Se olvida Vd. de que soy maestra de escuela?

— Quisiera verte entre las niñas.

— Eso no puede ser. Pero figúrese Vd. que me ve:

toda una madre de familia: me pongo muy seria, riño mucho, las castigo con tratarlas secamente y las premio con un beso.

— ¡Ah! ¡ah!

— Y pasó buenamente la vida: no sé si es soberbia,

pero se me figura, creo que el magisterio cuando se ejerce sobre niños es un sacerdocio que impone sagrados deberes; ¡y es tan dulce el cumplimiento del deber!

Y cuando un ser cuya razón empieza á desarrollarse bajo nuestra influencia es una niña, todo cuidado es poco, porque de la niña se hace la mujer, la madre de familia, y la madre de familia, mal que les pese á los que niegan toda participación á la mujer en el desarrollo social, es la que siembra el fruto que ha de coger la sociedad: formad buenas madres de familia y habéis formado una generación llena de virtud, de entusiasmo, de valor, de abnegación, de amor patrio, de virilidad, de grandeza; los hijos son la madre: si la madre es buena, el hijo es bueno: pero si la madre ha dado á sus hijos el pernicioso ejemplo de las discordias domésticas, la falta de sufrimiento y de abnegación, el escándalo continuo, el repugnante espectáculo de preferencias odiosas respecto á este ó al otro de sus hijos; si esos jóvenes corazones no han tenido ningun buen ejemplo que imitar; si solo han debido á su madre un amor indiscreto y caprichoso, caricias exageradas, castigos inmotivados, se pervierten, se desnaturalizan embotando ó perdiendo todos sus buenos instintos y constituyendo un ser artificial formado por una mala educación. ¡Oh! ¡Las madres! ¡Las madres!

Y Amparo inclinó la cabeza profundamente pensativa.

Como ven mis lectores, nuestra conversacion no podía ir mas apartada del punto á que mi amor hacia Amparo hubiera querido llevarla.

Este alejamiento de nuestra conversacion de mi idea fija, me favorecía ayudándome á mantenerme firme.

Durante dos horas, Amparo, haciendo casi sola la conversacion, me dejó conocer cuánto valia su moral: vinimos á recaer en mis viajes; me preguntó acerca de las civilizaciones extranjeras, y sin haber hablado ni una sola palabra de su pasado, ni de sus proyectos, me despedí de ella.

Fuí á ver al padre Ambrosio algunos días despues.

Cuando entré en la casa de vecindad, al primero á quien pregunté me indicó la puerta del aposento del exclaustro.

Al asomar á ella, di un paso atrás.

Le habia sorprendido... mondando patatas.

Pero ya era tarde.

El padre Ambrosio me vió, se levantó, dejó sobre una pequeña mesa el plato donde tenia las patatas mondadas, y me salió alegremente al encuentro; con timidez sí, pero no con una timidez de vergüenza, sino con su timidez característica.

— ¡Ah! exclamó: Vd. por aquí, cuánto me alegro. Yo debiera haber ido á verle á Vd.

— ¡Oh! de ningun modo...

— Sí, sí, pero no me he atrevido.

— Ha hecho Vd. muy mal en no... atreverse.

— Dejemos, pues, estos cumplimientos: yo me alegro mucho de verle á Vd.: ¿y cómo le va á Vd.?... Siéntese Vd. aquí en el sillón... póngase Vd. el sombrero... así... ¿y qué me dice Vd. de nuestra hija? añadió sentándose en una vieja arca: es un prodigio;... á mí ha acabado por hacerme feliz, me ha regenerado:... ¡qué niña, Dios mio, qué niña! ya puedo morir tranquilo, porque Amparo no necesita ya de nadie, de nadie mas que de Dios.

— ¡Me pregunta Vd. qué pienso de Amparo! contesté: con Vd. puedo ser franco; pienso lo que piensa un hombre de una mujer que realiza todos sus sueños, todos sus deseos, todas sus aspiraciones: de la mujer á quien ama.

— ¡Ama Vd. á Amparo! exclamó el padre Ambrosio poniéndose mortalmente pálido.

— Sí, la amo con toda mi alma.

— ¿Y se lo ha dicho Vd. ?

— No, ni se lo diré nunca.

Se tranquilizó el padre Ambrosio.

— Yo habia previsto desde hace mucho tiempo, me dijo, que Vd. acabaria por amarla, y me halagaba la esperanza de que mutuamente se harian Vds. felices. El amor en Vd. le ví yo nacer hace seis años y... Pero á qué soñar... Amparo no seria feliz con Vd.

— ¿Ama acaso á otro?

— Yo creo que sí.

— Yo tambien lo he creído.

— Sufre... algunas veces la he sorprendido llorando, y he comprendido la causa de sus lágrimas:... he comprendido que estaba enamorada. Un día la sorprendí mirando un retrato.

— ¿Un retrato! ¿pero de quién?

— No lo sé. Al verme se puso vivamente encarnada,

se volvió y ocultó el retrato en el pecho. Yo nada la pregunté, nada la dije. Amparo, con la fuerza de voluntad que Dios la ha dado, se serenó, y nada me dijo del retrato, ni de mi sorpresa involuntaria; dejé pasar algunos días, y á la primera confesion la dije:

— Tú sufres, Amparo.

— Tengo el alma triste, me contestó.

— ¿Tienes triste el alma, porque amas?

— Yo... No señor... No amo á nadie: yo no puedo amar: yo no daría á mis hijos una madre sin nombre.

— Sé franca conmigo, repuse: ¿amas acaso á tu protector?

— ¡Que si le amo! Ya se ve que le amo, me contestó con la mayor naturalidad: acaso ¿no es mi padre?

— No, no me refiero yo á ese amor, sino á otro mas íntimo, al amor que tiene una mujer al hombre de quien desearia ser esposa.

— No, no le amo así, ni le podría amar nunca de ese modo; me lo impediría el respeto que me inspira.

— Pues si no amas á tu protector, ¿á quién amas?

— A nadie.

— ¿Y el retrato que ocultaste al verme el otro día?

— ¡Ah! ¡el retrato de mi madre!

— El retrato de su madre, exclamé interrumpiendo al religioso; pues qué ¿ha encontrado Amparo á su madre? ¿habrá alguna razon que la impida?...

— Lo mismo la pregunté; pero ella me contestó: es el retrato fantástico de mi buena madre, con quien sueño todas las noches; en quien pienso todos los días; un rostro que yo he dibujado recordando mis sueños. Mañana le verá Vd.

No supe qué contestar.

La hacia llorar la vista de la reproduccion material de un fantasma.

En efecto, al día siguiente me mostró una bellísima cabeza de mujer como de cuarenta años, y habia allí algo... en el semblante triste de aquel fantasma estaba el alma de Amparo.

Calló el religioso, y yo quedé profundamente pensativo.

Me habia dado á conocer un nuevo rasgo del carácter romanesco de Amparo.

— Pues bien, si ella no puede amarme, le dije, continuaré comprimiendo dentro de mi corazón el amor que me inspira; procuraré que no salga delante de ella ni en mis palabras, ni en mi mirada, ni en mi semblante la mas leve manifestacion de ese amor. Si no puedo vencerle, volveré á mis viajes.

— Mucho me temo que no sea ella la primera en apartarse de nosotros.

— ¡Cómo!

— Ella ama: estoy seguro de ello: y ama con toda la vehemencia, con toda la firmeza de su alma: una de dos, ó la persona á quien ama no repara en ella, ó no pertenece á esta vida. Amparo... acaba de decírmelo hoy por la mañana, está resuelta á meterse en un convento, y me ha mandado practicar las primeras diligencias.

— ¡Oh!... no, de ningun modo, exclamé. ¡Monja! ¡Monja Amparo! No puede ser.

— Ya es tarde, me dijo. Es necesario decir á Vd. toda la verdad. Iba á decírsela á Vd.; pero al revelarme Vd. que la amaba... temblé... callé, no me atreví... pero... en quince días que han pasado desde que la vió Vd. por la última vez, Amparo ha entrado en un convento, y dentro de tres días mas debe tomar el hábito de novicia. Esta mañana me dió esta carta para Vd. ¿Comprende Vd. ahora por qué no me atrevía á ir á su casa?

Yo estaba aterrado, y apenas pude leer una carta que me dió el padre Ambrosio y que contenia estas palabras:

«Convento de... Perdona Vd. si por mí misma he tomado tan grave resolucion. Yo no podia permanecer mas en el mundo, y Vd. se opone formalmente á que yo entre en el claustro. Perdóneme Vd. otra vez. Pero mi corazón necesita paz, y he venido á buscarla á esta santa casa. — Su siempre agradecida, Amparo.»

Sin despedirme del padre Ambrosio salí, comprimiéndome las sienes con las manos.

Mi cabeza se rompia.

Aquella carta habia sido para mí un golpe de muerte, y apenas pude salir á la calle.

No sé lo que me sucedió: solo recuerdo que al volver en mí me encontré en un lecho extraño, rodeado de una familia desconocida y con un médico á la cabecera.

Mi indisposicion habia sido un accidente pasajero.

(Se continuará.) M. FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Exposicion de bellas artes de 1857.

(Véanse los números 236, 237, 238, 239 y 241.)

M. COURBET, el representante del realismo, ha presentado este año un cuadro titulado *las Jóvenes de las orillas del Sena (verano)*, que no desmiente por cierto el carácter de sus pinturas anteriores. Estas jóvenes, aficionadas á la vida alegre, se encuentran tendidas sobre la yerba; el barco está amarrado á la orilla y los barqueros se hallan ausentes. Una de las muchachas se nos presenta en un abandono del peor gusto; es casi una figura escandalosa. Detrás de ella hay otra en una actitud mas graciosa y con mas atractivos femeninos. Aquí el colorido es armonioso, es una de las mejores cosas que ha producido la paleta de M. Courbet. Todo este idilio de mala ley ocupa un gran lienzo; á la verdad el asunto





Exposicion de 1857. — Carlos Quinto en el monasterio de Yuste, cuadro por M. R. Fleury.

de este cuadro no merecia tan vastas proporciones. Lo mismo podríamos decir de la *Cacería en los bosques del Jura*. — Por último un pequeño paisaje, las *Márgenes del Loue (Doubs)* es un boceto de un tono opaco, sin luz, que parece pintado con el cuchillo de la paleta y que produce el efecto de un mosaico de mármol.

M. MILLET (Juan Francisco), que no es un pintor de temperamento como M. Courbet, y que bajo muchos conceptos le es inferior, nos parece, sin embargo, un realista mas poderoso porque tiene una cualidad de que carece el último, la idea y el estilo. M. Millet no pinta mas que el hombre de los campos, entregado á sus duras tareas en medio de una vida monótona y llena de privaciones. Tres cuadros de este género ha presentado ya en las Exposiciones de 1853 y 1855, y este año ha expuesto otro titulado las *Espigadoras* en donde nos muestra tres pobres mujeres recogiendo en un campo algunas espigas, despojos del rico festin que cubre la tierra en la época de la cosecha. Una está de pié medio inclinada, las otras dos están encorvadas; una junto á otra sin decirse una palabra, trabajando con movimientos paralelos. Lejos de ellas en el horizonte, está la cuadrilla animada de

los segadores. Pero toda esta escena lejána mas bien que distinguirse se adivina. Dominan toda la composición las tres espigadoras, cuyos vestidos de unos colores cenicientos y pasados se armonizan muy bien con un cielo gris mate, con el campo pelado y vacío donde hacen su rebusca. En este cuadro se descubre una fuerza serena que habla á la inteligencia mas que á los

sentidos, una belleza severa que consiste no en la pureza y la elegancia de la línea sino en la sencillez de la concepcion, en el aspecto bien ligado de las tres figuras, en la consonancia del conjunto, en la sobriedad de los medios empleados. Sin duda se encuentran defectos en la pintura de M. Millet, pero se ve que está inspirada por un sentimiento sano y robusto, que manifiesta una idea, que tiene, como hemos dicho ya, unidad y estilo.

Otro pintor realista hay en Paris que habríamos debido nombrar antes de M. Millet si se tratara de examinar las obras segun sus dimensiones, es M. ANTIGNA. Este artista que se complace en elegir los asuntos mas vulgares, carece de estilo, pero no cae jamás en las exageraciones grotescas de M. Courbet. Es mas pintor de costumbres que los dos precedentes, sabe dar movimiento, carácter y expresion á sus figuras, en contraposicion á M. Courbet que siempre las representa inmóviles, pero no tiene ni su firmeza de pincel ni su vigor de colorido.

Entre los cuadros que ha expuesto este año M. Antigna, solo citaremos el designado con este título: *Desconfianza*. Una vieja cubierta de harapos y sentada en un esquinazo sucio, está registrando con



Regreso de la pesca, marea baja, cuadro y dibujo por M. J. Noel.



inquietud los bolsillos de una muchachuela que tiene delante, y que lleva en la mano un violín que la sirve para pedir limosna. Todo esto está impregnado de la repugnante realidad de la miseria. La vieja está copiada del natural, la cabeza de la niña es bonita, no debe ser hija suya, debe ser una criatura robada por ella, y que destina sin duda á recorrer toda la escala del vicio. El colorido de fango y ollin que se ve en todos los cuadros de M. Antigna, no podía faltar en esta pintura.

Fácil nos sería extendiendo á los cuadros de otros muchos artistas este rápido exámen, el completar una ligera noticia sobre el realismo en el arte, del cual la escuela moderna de pintura y aun de escultura en Francia, hizo en tiempos no muy lejanos una teoría exagerada y una especie de religión nueva que suscitó controversias hasta lo infinito. La doctrina invasora parecía marchar á la dominación: hoy este movimiento está apaciguado; el realismo, aunque conserva su franqueza, ya no mete ruido, conquistó su derecho de ciudadanía y conserva su puesto en el panteón del arte múltiple de nuestra época. No ha desterrado el ideal porque no puede hacerlo, porque la inteligencia humana no puede mutilarse, y que sus fa-



Exposicion de 1857. — Ronda de desolladores, cuadro y dibujo por M. Sain.

cultades no pueden destronarse una á otra como se expulsan dinastías de soberanos. Independientemente del valor propio que puede tener, el realismo es útil por su papel de oposicion; sirve de protesta contra las delicadezas exageradas del arte.

bajar el gran emperador desde lo mas encumbrado de su omnímoto poderío.

La escena está muy bien dispuest los grupos y los personajes bien distribuidos; las cabezas son variadas; la de un señor español contrasta por su altivez elegante

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NÚMERO.

M. ROBERTO FLEURY : *Cárlos V en el monasterio de Yuste*: — Hé aquí uno de los mejores cuadros que se ven en la exposicion actual. Representa á Cárlos V en el monasterio de Yuste recibiendo al conde de Melito que se presenta de parte de Felipe II á suplicarle que deje la soledad y reclama sus consejos en la situacion crítica de los asuntos políticos en 1557. Cárlos V agobiado bajo el peso de sus padecimientos y de sus enojos, conserva la dignidad altanera de un príncipe dueño el día antes de la mas vasta monarquía. Se encuentra allí en cierto modo en los confines de dos mundos que su genio austero y singular quiso conocer: los nobles castellanos que se inclinan con respeto delante de él representan la córte y las grandezas que repudió por cansancio, y los monges apartados en silencio, ahora sus compañeros humildes, figuran la muerte en el mundo, esa vida improductiva para la tierra á la cual quiso



Las últimas voluntades, cuadro por M. H. Bellangé.



con las gruesas cabezas de algunos monges, que sirven para que resalte mejor la finura del cortesano y la expresión de la cabeza de Carlos V devastada por las fatigas del pensamiento y por la enfermedad.

El conjunto de esta pintura es armonioso; algunos rayos de sol que penetran por una puerta que comunica con la iglesia del convento, producen juegos de sombras y de luz en el rico salón donde está Carlos V. Una claridad discreta, una atmósfera tibia como la que reina en el interior de un aposento bien cerrado baña los objetos y envuelve á los personajes. Quizá el color local se halla un tanto sacrificado al tono general que contribuye á la armonía; quizá también el pincel no ha marcado suficientemente la diferencia entre las telas, los mármoles, las colgaduras, etc.; pero ¿qué importan estas ligeras críticas de detalle, al lado de los justos elogios que merece esa obra bien pensada, bien comprendida y bien ejecutada?

Esta escena histórica tan grave y digna no llama la atención pública como debiera: el gusto del día está por las excentricidades, por las combinaciones extrañas, ó bien por las vulgaridades oficiales.

M. BELLANGÉ: *Las últimas voluntades*. — Un capitán herido de muerte en medio de una acción, entrega á un viejo sargento arrodillado delante de él su reloj y su cruz de honor, única herencia quizá que tiene que legar á su familia. Este episodio de la campaña de Crimea está tratado con la habilidad bien conocida de este artista para interpretar las escenas militares.

M. SAIN: *Ronda de desollinadores*. — M. Sain debe figurar entre los realistas que se inspiran con los motivos más humildes de la vida común. Tiene cierta analogía con M. Antigna; es un observador de gusto sencillo, traduce bien lo que ha visto, y no trata de idealizar; pero contra el sistema de M. Antigna que pinta las escenas más modestas en cuadros inmensos, M. Sain solo trabaja en lienzos reducidos. En la *Ronda de desollinadores* reina el tono sucio de M. Antigna; pero aquí es el triunfo del color local.

M. J. NOEL: *Regreso de la pesca; marea baja*. — Este cuadro de grandes dimensiones tiene un aspecto bastante vivo y está pintado con solidez; las nubes son pesadas, la ejecución de las figuras deja que desear, pero se descubre en él todo el carácter pintoresco de un puercecillo francés de la Mancha ó del Océano.

J. D. P.

## EL LEÑADOR.

LEYENDA AMERICANA POR JOSE ANTONIO CALCAÑO.

### EL VIAJERO.

Es una agreste montaña:  
La noche el cielo encapota,  
Y los árboles azota  
Copiosa lluvia con saña.

Oyese sordo zumbiar  
Y encolerizado el viento,  
Cual si quisiese violento  
El recio bosque talar.

Varios y medrosos ruidos  
Llenando la selva están,  
Y susto infundiendo van  
Silbos, aullidos, rugidos.

Acaso dentro el bosque,  
Sus antros abandonando,  
Las fieras en torvo bando  
Celebran festín salvaje,

Y dan con voz soberana  
En el desierto sus leyes,  
Como despóticos reyes  
De la selva americana.

La noche toda es horror;  
Solo su tiniebla espesa  
Alguna vez atraviesa  
Fugitivo resplandor,

La rápida claridad  
Que algún relámpago lanza,  
Y solo doblar alcanza,  
Al morir, la oscuridad.

Más verse puede á su luz  
Por un estrecho sendero  
Cabalgando un caballero  
Envuelto en negro capuz.

Y vese el ancho sedán  
Con que el rostro se guarece,  
Y cómo, si el turbión crece,  
Crece en cubrirse su afán.

Su persona sustentando  
Vese un hermoso animal  
Que en noche y camino tal  
Va bien su raza abonando.

Que á la ventura camina  
Deja ver el caballero,  
Según de bajo el sombrero  
La selva en vano examina.

Cada bulto del camino,  
Cada empujado peñón,

Juzga ser en su ilusión  
El hogar de un campesino.

En cada brillo distante  
Que un insecto al cruzar lanza,  
Le hace mirar la esperanza  
El fuego de un caminante.

Así el viajero buen trecho  
Discurre, sin ver ni oír  
Mas que los vientos rugir  
Y el turbión zumbiar deshecho.

Más de repente al cruzar  
De una vuelta, no muy lejos,  
Ve brillar unos reflejos  
Que le anuncian un hogar;

Y aplicando á los ijares  
De su caballo la espuela,  
Veloz como el rayo vuela  
Hacia aquellos luminares.

No es mentirosa ilusión:  
Ante la puerta mezquina  
De una choza campesina  
Se detiene su brido;

Y aunque hondo anhelo le acosa  
De dar abrigo á su frente,  
Da pié tierra lentamente  
Diciendo con voz temblosa:

« ¡Al fin templando su saña  
Conmigo al cielo se ve!...  
Ya al menos no moriré  
Como un perro en la montaña. »

« ¡Ah del huésped! » mientras aplica  
La mano á la puerta, llama;  
Al huésped de nuevo llama  
Y nuevos golpes repica.

Más sus golpes y su acento  
Sin respuesta se perdían,  
Sin eco alguno morían  
Ahogados por lluvia y viento.

Tornan su voz y su mano  
A llamar, y en vano grita  
Y en vano la puerta agita,  
Que no escucha acento humano.

« ¿No tendrá la choza dueño?  
¡Tal vez la han abandonado!  
¿Pero esa luz?... » Y animado  
Pone en tocar doble empeño.

Más de nuevo sorprendido  
De ver la choza desierta,  
A una grieta de la puerta  
Aplica atento el oído.

« ¡Vaya! exclama, al cabo siento  
Como que hablan dentro dos.  
Oigo ¡loado sea Dios!  
De hombre y mujer el acento.

Más tratando están de mí...  
Oyeron, sí, no lo dudo,  
Mis golpes. » Y atento y mudo,  
Oyó dialogar así:

— No importa, Inés, no, jamás  
Cerraré yo por mezquino  
Nuestro hogar á un peregrino  
Diciéndole: no entrarás.

Todos los hombres, Inés,  
Somos en el mundo hermanos,  
Hagámosles bien, humanos:  
La ley de Dios esa es.

— Luis, tu iluso corazón  
¡Cuántas veces te ha engañado!  
¿A quién, hasta hoy, tu estado  
Ha movido á compasión?

¿Y de ese que toca ahora  
A nuestra puerta, tan tarde,  
Quien te dice que no guarde  
Alguna intención traidora?

Vaya, que á la luz del día  
Tomé el caminante aliento  
En nuestro hogar un momento...  
Mas ¿con noche tan sombría?

— Calla, Inés, has evocado  
Una memoria funesta...  
¿Sabes tú qué noche es esta?  
Inés, Inés, ¿qué has hablado?

¿Yo en esta noche negar  
Un abrigo al desvalido?  
Inés, Inés, ¿has podido  
Tan triste fecha olvidar?

¡Oh! no tardes. A abrir vé  
Mi puerta, Inés, á ese hombre,  
Bríndale mi hogar en nombre  
Del ente que más amé.

¡Ten, oh Dios, piedad de mí!  
¡Oh madre del alma mía!  
¡Ay! esta noche sombría  
Há un año que te perdí.

Un año... y aun pienso verte  
Como si tanta belleza

Y tanto amor y ternura  
No hubiese helado la muerte.

Aun te miro en mi ilusión  
Besar mi frente de niño,  
Lleno de dulce cariño  
Para mí tu corazón.

Pienso estar cerca de ti,  
Oh madre del alma mía,  
Cuando esta noche sombría,  
Há un año que te perdí.

Tú tan buena, oh madre, ¡cuánto  
Sufriste horrible martirio!  
Marchitó la tez de lirio  
De tus mejillas el llanto.

Tal vez quiso á tu pesar  
Dar fin compasivo el cielo  
Sí, cesó, madre, tu duelo,  
Cesó, madre, tu llorar;

Más yo estoy solo sin tí,  
Oh madre del alma mía  
Porque esta noche sombría  
Há un año que te perdí.

— ¡Infeliz! (clama el viajero)  
Su tormento dobla el mío...  
¡Mi fiebre vuelve!... ¡oh! ¡qué frío!  
Abrid ¡por el cielo! ó muero.

Presa del negro dolor  
Que baña su faz en llanto,  
Calla Luis; Inés en tanto  
Va á dar paso al viajador.

## HOSPITALIDAD.

Ladeado el alto castor  
Embozado hasta las cejas  
Y agua á torrentes chorreando,  
El viajero se presenta.

Trémulo bajo el embozo  
Queda suspenso en la puerta,  
En una mano teniendo  
De su caballo las riendas.

La estancia toda repasa  
Con una mirada inquieta,  
En la cual brillar parece  
La fiebre que arde en sus venas.

A la lumbre de un candil  
Que en un rincón chisporrea,  
De los dos que antes hablaban  
Puede al cabo darse cuenta.

Puede observar la muchacha,  
Que es quien se tiene más cerca,  
Con traje humilde vestida  
Que publica su pobreza;

Y ver que es de corta talla,  
Negro cabello, y trigueña  
Y fresca su faz, que anuncia  
Veinticinco primaveras;

Y la actitud temerosa  
Con que al soslayo le observa,  
Como una incauta paloma  
Si á su bosque alguien penetra.

Puede ver á más distancia  
Sobre un trozo de madera  
Sentado á Luis, en las manos  
Descansando la cabeza.

Puede ver la desnudez  
De aquella estancia, que amueblan  
Un banco bruto y dos catres  
En donde dos niños sueñan;

Y en un ángulo apiñados  
Varios manojos de leña,  
Junto á los cuales descansa  
El hacha que la rindiera.

Y pueden los dos que hablaban,  
Del que tocaba á su puerta  
Ver el porte, y á su ánimo  
Quitar ó poner cautela.

Es un rápido momento  
El que en actitud perpleja,  
Al par que se orientan, pasan  
Los huéspedes y el que entra;

Pasado el cual, Luis, dejando  
El leño donde se asienta,  
Enjugándose los ojos  
Al peregrino se acerca.

— Pasad (le dice) adelante,  
Y bajo el techo, señor,  
Del humilde leñador  
Tomad aliento un instante.

Os ofrezco el pobre hogar  
Que teneis, señor, presente:  
Aunque estrecho é indigente,  
Bien puede á tres abrigar.

Mi triste suerte me veda,  
Si la lluvia os penetró,



Brindaros traje, mas no  
Lumbre que alentaros pueda.

Mientras os la enciendo, secar  
Dejad vuestra capa al viento.  
¿Temblais? del fuego al aliento  
Os sentireis reanimar.—

Y Luis tomó de sus hombros  
La capa, sin que él hiciera  
El mas leve movimiento  
De accesion ó resistencia.

Despojado del embozo  
Que hasta entonces le cubriera,  
Los contornos de su talle  
Y sus facciones se muestran.

Vese que viste de negro,  
Que de su cintura cuelga  
Rica espada, y de sus sienes  
Larga y crespa cabellera.

Su traje, su noble porte,  
Todo en él da clara muestra  
Del favor de la fortuna,  
Y abona su procedencia;

Si bien su frente sombría  
Que un hondo surco atraviesa,  
De su rostro la tez pálida  
Y sus contrariadas cejas,

Y las órbitas profundas  
En que sus ojos chispean,  
Y la ancha y crecida barba  
Que en torno su rostro cerca,

Dan á toda su persona  
Una siniestra apariencia,  
Y hacen dudar del aplomo  
Completo de sus ideas.

Inmóvil el caballero  
Estuvo y sin dar respuesta  
Al buen Luis, al ofrecerle  
Su hospitalaria asistencia;

Mas sin separar sus ojos  
De su faz, cual quien se entrega  
A un oculto pensamiento  
Y en sí mismo se concentra.

Sin embargo, al separarse  
Luis á preparar la hoguera,  
Le fue su vista siguiendo,  
Y aun en él la fija atenta.

En él clavada la tiene  
Ora que postrado en tierra  
Frente á él está afanoso  
Poniendo en el fuego leña.

¿Será acaso que le admira  
Hallar en tan baja esfera  
Y en tan pobre condicion  
Tan alta benevolencia?

¿O la perfeccion acaso  
De sus facciones pondera,  
Su boca, sus dulces ojos,  
Su nariz aguda y recta?

¿O le ha movido tal vez  
Su deplorable miseria,  
Su vestido que, raído,  
Desnudos sus miembros deja?

No; sus miradas anuncian  
Una emocion viva, intensa,  
Sus manos se ven crispase  
Y todo su ser se altera.

De repente, y al instante  
En que alzándose con fuerza  
La llama que Luis atiza  
De lleno en su faz refleja,

El caballero, los brazos  
Extendiendo hácia la hoguera,  
Un ¡ay! convulsivo lanza  
Que dando pavor suena.

— ¿Qué teneis? grita alarmado  
Luis que á su socorro llega,  
Al mismo paso que Inés  
Llena de pavor se aleja.

— ¡Oh! (todo trémulo exclama)  
La fiebre... el espectro... ¡oh Dios!  
Era ella... ¡oh! ¿quién sois vos?  
¡Allí... sí... allí... la llama!

— ¡Oh, cómo temblais convulso!  
Venid, poneos al fuego,  
Allí cobrareis sosiego  
Y calmará vuestro pulso.

— ¿Y la llama? No. Mas bien  
Dejadme aquí descansar...  
Ya pasa, sí... ya calmar  
Siento el ardor de mi sien.

— Lleva, Luis, al peregrino  
Junto al calor (dice Inés).  
¿Que no ha de poder, no ves,  
Seguir así su camino?

— ¿Seguir? Imposible, no,  
No, tened, tened paciencia,  
Pero mi pobre existencia  
A su término llegó.

¿Qué hacer? No ha querido el cielo  
Dejarme al punto llegar  
Que vengo de mar en mar  
Buscando y de suelo en suelo.

Mas decid, buen campesino,  
¿No está en el Ande esta sierra?  
— Sí. buen viajero, esta tierra  
Pertenece al Granadino.

— ¡Ah! Siquiera es un consuelo  
Que duerma mi polvo vano  
Bajo el cielo americano!  
¡Algo al fin te debo, oh cielo!

— Tan negra melancolia  
Desterrad de vuestro pecho;  
Voy á ofrecer os un lecho  
En donde aguardéis el día.

— No, por Dios, no molesteis  
Esos niños. ¿Dónde da  
Esa puertecilla? Allí  
Descansaré, si quereis.

— Da, señor, á un aposento  
Que es un altar para mí:  
Exhaló mi madre allí  
Ha un año el último aliento.

Desde entonces está cerrado  
Cual mi madre lo dejó,  
Con el lecho en que murió:  
Nadie despues lo ha ocupado.

Por eso no os lo ofrecí:  
Mas si escrupulo no os da,  
Dormid, si quereis, allá:  
La llave tenies aquí.

Luego, mi madre, señor,  
Murió de fiebre mental:  
No os contagiara su mal,  
Murió ¡infeliz!... de dolor.

Id, que es tarde, á reposar:  
Los gallos cantan las dos.  
— Alma hospitalaria, adios;  
Bendiga el cielo tu hogar.—

Esto dicho, el caballero  
Pasó á la vecina pieza:  
Y el caballo introduciendo  
Luis, cerró luego la puerta.

La tímida Inés respira  
Por fin al ver que se aleja,  
Diciendo: « ¡Buena la hicimos!  
Vuelta tiene la cabeza »

(Se continuará.)

### La batalla de Munguía.

La batalla de Munguía es la última función de guerra de las terribles banderías que durante la edad media agitaron el suelo de Vizcaya, si bien fué la mas encarnizada de todas.

Dos siglos hacia que Vizcaya no gozaba de paz ni de sosiego, conmovida de continuo por las rivalidades de sus mas preponderantes hijos, tan poco amantes de su patria como del prójimo. Antes de que este país pasase á señorío de los reyes de Castilla se empezaron á mover y animar mutuamente en contra sus caballeros. Aguijoneados por necio orgullo, todos querian vincular en sus linajes los cargos de república, ya que no les fuera posible gozar de la horca, cuchilla, pendon, caldera y pernada (1) como sus hermanos allende el Ebro. No poca sangre derramaban ellos en estas luchas; mas sobre el pobre recaian principalmente sus funestas consecuencias, pues por la fuerza veíase obligado á abrazar bandera. Desgraciadamente los señores no podian poner un duro correctivo á este desborde, y las palabras y consejos de los nobles ancianos se estrellaban en el escepticismo de hombres sin corazón. Hubo, no obstante, algun señor poderoso y decidido que tuvo bríos y energía para castigar á quienes tan descaradamente hollaban la ley. En este caso puede comprenderse á don Diego Lopez de Haro, el quinto de este nombre, que á pesar de la tenaz resistencia que los de dentro y fuera le opusieron, redujo á los que no querian reconocer mas autoridad ni mas justicia que su voluntad y caprichos. Aunque auxiliados en aquella ocasion los disculos por el rey Don Sancho el Bravo, don Diego lo venció, y los puentes de sus torres le abrieron franco paso. No fué duradero el imperio de la autoridad: nuevamente volvieron á agitarse los linajes, y con intervalos de paz y guerra

(1) Horca y cuchilla. Derecho que gozaban los feudales de administrar justicia, la que se dividía en alta, mediana y baja. Había algunos que disfrutaban de la administracion de las tres, y podían imponer cualquier pena y sin dar de ello cuenta á ningun tribunal. Pendon y caldera, franquicia de levantar y mantener tropas á su costa. Pernada, inmundo privilegio, por el cual el señor que lo gozaba podía dormir con sus vasallas la noche de bodas. En Francia é Inglaterra era bastante comun el uso de la pernada, mas en España generalmente se redimía por dinero.

llegó la union de Vizcaya y de Castilla. Desde este momento las luchas tomaron proporciones gigantescas; incapaces los corregidores de detener el torrente, se contentaban con interponer algunas veces su voz y sus consejos en las contiendas, y cuando este medio no producía ningun buen éxito, con ser mudos espectadores de la tormenta. Las rivalidades que antes se circunscribían á una localidad, crecían é iban organizándose en luchas generales de pueblos. Formados así bandos imponentes, los pequeños caballeros que antes combatían por sí mismos se agrupaban al rededor del que creían mas fuerte y por él se exponían á perder su vida, su familia y hogar. Todos esos castillos derruidos ya que por do quier vemos, son testigos oculares de aquellos hechos, borron grande caído en la limpia historia del suelo vascongado. Si luego inclitos descendientes no hubieran lavado la mancha de sus predecesores en guerras honrosas en pro de la patria, todas esas torres, todos esos escudos y nombres serian un baldon para Vizcaya. Aquellos que teniendo obligacion de velar por la conservacion de las buenas costumbres y libertades de este noble solar, no tuvieron reparo en robarle su reposo y sus hijos, lanzándole en guerras ignominiosas, y que no han podido justificarse nunca, son hombres de maldecida memoria. Los Zaldibares y Avendaños, los Mugicas y Villelas, los Arbolanchas y Basurtos, los Adanes de Yarza y Leguizamones, son grandes figuras de la edad media de Vizcaya, que no nos recuerdan ni dias placenteros ni hechos muy gloriosos.

Hacia mediados del siglo XV se encrudecieron mucho estas banderías, y por todas partes no se veían mas que ruinas y desolacion. El comercio de Bilbao que comenzaba á tomar algun incremento, vióse completamente aniquilado; la labranza falta de brazos, ocupados en faenas guerreras, seguía sus huellas; Vizcaya casi nada sacaba de su tierra ni recibía de extraños países; su presente era la miseria, su porvenir el hambre y la desesperacion. Los clamores del comerciante y el labrador en vano pedían un término á tal situacion; imposible era aplacar los rencores de los que por sí mismos se habían constituido en verdaderos feudales. Cuantas tentativas hicieron los corregidores para calmar los ánimos y conciliar á todos bajo la égida de la paz y fraternidad, fueron inútiles.

Así pasaban los años y las cosas; lejos de mejorar, se ponían cada día en peor estado. Generalizadas las luchas, por momentos eran estas mas sangrientas, y al par que así sucedía el hambre iba por momentos acercándose. Llegó por fin el año 1469. El rey de Castilla Don Enrique IV, el Impotente, aunque ocupado en traer á buen camino á los suyos, también descarriados, se compadeció de la desdichada suerte de los vizcainos y envió á su condestable don Pedro de Velasco, conde de Haro, con el título y atribuciones de virey extraordinario de Vizcaya y Guipúzcoa y buen número de tropas de á pié y á caballo.

El ya anciano conde, uno de los caballeros que en union con el célebre señor de Hita y Buitrago (luego marqués de Santillana) jugaron gran papel en la corte del difunto Don Juan II, era hombre de muy esforzado ánimo y energía, por lo que á nadie mejor que á él se pudiera haber dado semejante mision. Apenas tocó el suelo vascongado, dióse gran prisa á apagar los disturbios, adoptando las mas severas medidas contra los perturbadores. Muchos de ellos murieron en la horca, y otros fueron empozados, que es muerte algo dura y entonces muy en uso; los que caudillaban en Vizcaya los bandos de mas consideracion eran Juan Alonso de Mugica y Pedro de Avendaño, respectivamente señores de Butron y de Aramayona y de Urquizu. El conde de Haro no tardó en imponerles un destierro, con cuyo acto quedaba restablecido por completo el orden material.

Mil bendiciones recibió en aquella ocasion el nombre del digno descendiente de los señores de Vizcaya. Desgraciadamente, la excelente obra del conde de Haro estaba destinada por la Providencia á morir en breve término. Un émulo de su autoridad encerraba Vizcaya en la persona del conde de Treviño, caballero bastante poderoso de tierra de Valmaseda. No tardó este personaje en turbar la paz que desde la entrada de Velasco reinaba en el país. Unido á sus parientes, deudos y amigos, levantó nuevamente la bandera de rebelion. Formalizada esta, llamó de su destierro á Mugica y Avendaño. Corría el año 1471, ó lo que es lo mismo, dos llevaban de ostracismo dichos caballeros.

Juan Alonso de Mugica, señor de Butron y del valle de Aramayona, jefe de una de las mas poderosas familias vizcainas y emparentado con la aristocracia castellana, era por aquel tiempo hombre de alguna edad. Treinta años hacia que su nombre sonaba en todos los combates, y él fué quien hizo por los años de 1443 una negra traicion en el cerco de Elorrio. Tenía gran poderío en la tierra de Munguía, pues gozaba casi todos los patronatos de esta parte. Como poseía varias torres contaba buen número de criados, parientes y deudos, tanto que el señor de Treviño no pudiera haber encontrado nunca mejor auxiliar. También el de Avendaño era muy poderoso en Arratia y gozaba de gran prestigio entre las gentes de armas.

Viendo el conde de Haro inminente la guerra, trató de buscar los medios de hacer frente á los rebeldes. Sus tropas muy reducidas no bastaban para ello, y tuvo que recurrir á la ayuda de señores castellanos. Entre los que primero se presentaron, debe contarse á Luis de Velasco, conde de Salinas, su hermano, que vino con alguna gente de á caballo. Era este personaje conocido en Vizcaya, pues antes de la venida del condestable habia estado en ella, y él fué quien por primera vez trajo sol-





Puentecillo provisional de San Miguel en Paris.

dados de caballería, los cuales, según dice García Salazar, solo sirvieron para hacer mal.

El paso de los hombres del de Salinas por Vizcaya fué una verdadera calamidad; saquearon todas las iglesias y con ellos nada hubo seguro. Con tan brillante socorro, el buen conde don Pedro presentó batalla á sus enemigos, que ocupaban Munguía y sus alrededores con buen golpe de tropas decididas y algunas lombardas de excelente calidad.

El ejército de don Pedro, inferior en número y muy relajado, fué el que llevó la peor parte en la pelea, sufriendo en esta jornada la derrota mas completa. Mucha sangre corrió en ambos campos, y entre los prisioneros que hicieron los coaligados se contaban á los dos condes y sus principales tenientes. Puede concebirse el regocijo que semejante acontecimiento produciría en el ánimo de los vencedores, que se entregaron á fiestas y algazaras, en la villa do habían obtenido tan señalada victoria, un sábado á los días 27 de abril del antes citado año de 1471.

No participaron de este gozo los mercaderes de Bilbao, quienes si bien no estaban de perfecto acuerdo con la cruel conducta del de Haro y sus instintos antiforales, no dejaban de conocer cuán provechosa les era su presencia en el señorío. Sin embargo, la victoria de Munguía, que al principio hizo creer volverían á comenzar las reyertas con nueva fuerza dando márgen á odiosas venganzas, consiguió lo que no habían podido conseguir las palabras de los corregidores, las quejas de los infortunados ni los lamentos de las madres: la anhelada conciliación de los linajes. Aliados allí casi todos contra el enemigo comun, dióles algo que pensar la precaria condición á que podría quedar reducida la tierra solariega, si ellos en pro de su salvacion no deponían odios y rencores. Convencidos todos de esta verdad, en adelante las autoridades pudieron obrar con libertad, y por momentos las torres iban perdiendo su aparato militar. Cinco años despues, cuando el rey Fernando V se dignó en Vizcaya confirmar nuestros fueros, todo estaba tranquilo, y los que hasta entonces no obedecían ninguna ley ni autoridad, se prestaron respetuosos á besar las reales manos de su augusto monarca y prometer no alzarse jamás en contra de ninguna autoridad, pueblo ni familia.

Los males que las banderías de la edad media ocasionaron á Vizcaya, pueden reasumirse en dos palabras: la paralización del comercio y la agricultura y la deshonra del país, sobre el cual, hasta entonces noble, pacífico y respetuoso, recayó la misma mancha que llevan sobre sí todos los pueblos de la edad media. No obstante, debe atenuarse la conducta no muy buena observada en aquellos tiempos por los nobles, reconociendo su buen sentido al poner término á sus rivalidades, aceptando los dos jefes de bando que les propuso el rey Enrique IV en las personas de Juan Alonso de Mugica y Pedro de Avendaño.

También contribuyeron á tachar este borron los altos hechos que á los hijos descendientes de los vencedores de Munguía señalaron en las guerras de Alemania, Italia y Francia.

C. DE VILLAVASO.

### El puentecillo provisional de San Miguel.

Se está reconstruyendo el puente de piedra de San Miguel para ponerle al nivel y á la línea del boulevard de Sebastopol. Los ingenieros encargados de esta obra importante se impusieron la condición de no interrumpir la circulación de la gente de á pié, ni la navegación por el brazo del Sena debajo del puente de San Miguel. El dibujo que acompaña representa el puentecillo provisional para la gente de á pié y las obras de madera colocadas para la demolición de los dos arcos del centro.

El antiguo puente tenia cuatro arcos; el nuevo tendrá tres en elipse de 17 m 20 de abertura; por consiguiente los nuevos pilares corresponderán como al medio de los arcos del puente viejo. Esta disposición obligaba á no tomar puntos de apoyo en el río para sostener el puente de madera, pues en otro caso esos puntos de apoyo habrían dejado pasar los barcos durante la demolición, pero habrían sido un obstáculo para la navegación al construir el nuevo puente.

Forman el puentecillo actual dos enverjados llamados americanos de madera de abeto, de 3 m 50 de altura y 70 de largo; los puntales de ellos tienen 0 m 20 sobre 0 m 40, y los tablonés 0 m 08 sobre 0 m 22, hallándose unidos entre sí por medio de clavijas de hierro. El puente tiene tres metros de anchura, y se alumbró con faroles durante la noche.

Para que los enverjados resistan á la acción del viento que los haría oscilar si estuviesen libres, hay de distancia en distancia un madero que impide que se acerquen; una larga clavija que pasa por debajo del madero atravesando los dos enverjados se opone también á que se separen, y en fin reinan de un madero á otro cruces llamadas de san Andrés.

El puente descansa en dos caballetes de carpintería establecidos en los banquillos que existen al pié de los muros del muelle. La distancia entre los puntos de apoyo es de 46 metros; á fin de aumentar la rigidez del puente sus extremidades están amarradas á la fábrica de los muros del muelle, por medio de fuertes clavijas. El puente se levantó á beneficio de dos andamios colocados cada uno en una embarcación. Las disposiciones adoptadas han permitido llenar el objeto de no interrumpir la circulación mediante el puentecillo de madera, sin hacer grandes gastos.



Los arcos de madera empleados para la demolición de los dos machos del centro dejan á la navegacion una altura libre de 6 metros; el terraplen que existia bajo los arcos de la orilla permitió la demolición de las bóvedas sin necesidad de elevar iguales arcos.

La posición de los antiguos machos relativamente á los nuevos exigía para la navegacion que se arrancase completamente el macho de enmedio antes de fundar los nuevos; esta extracción difícil se ha ejecutado muy rápidamente, gracias á los procedimientos empleados por los ingenieros que dirigen estas obras.

**La Circuncision en Constantinopla.**

Con motivo de la circuncision de los hijos del sultan, se han dado grandes fiestas en Constantinopla. La carta siguiente, fechada en Constantinopla el 16 de julio, da cuenta de ellas en estos términos :

Hoy se concluyen las hermosas fiestas de la circuncision : el brillo, el ruido, las iluminaciones, fuegos artificiales, festines y juegos que durante doce dias tuvieron maravillados á todos los habitantes de esta ciudad, todo eso se va á concluir esta noche, y no creo que lo sienta nadie; las mejores cosas del mundo acaban por cansar, y ya principiaban todos á fastidiarse con tanto regocijo, irremisiblemente acompañado de mucho polvo.

El sultan despues de haber festejado y convidado á comer á todos los funcionarios, á todas las autoridades europeas é indígenas, á todas las tropas y las tripulaciones de Constantinopla, á los discipulos de todas las escuelas griegas, francesas, italianas, alemanas, armenias, turcas, judías, etc., reunió el miércoles en su palacio en un banquete de ciento cincuenta cubiertos á todo el cuerpo diplomático, esto es, los jefes de misiones, los primeros secretarios, los primeros intérpretes, los cónsules, algunas notabilidades extranjeras, y por último, los ministros y los principales funcionarios de la Sublime Puerta. Esta comida dada en el salon del trono iluminado por miles de luces de gas, fué ostentosa. El sultan recibió á sus convidados, á quienes dió las gracias porque habian querido asistir á aquella fiesta de familia; luego el gran visir presidió en su nombre el banquete, que empezado á las seis de la tarde, se terminó á las nueve. No ocurrió en él ningun accidente importante. A los postres lord de Redcliffe, decano de los embajadores, brindó á la salud del sultan, y el gran visir contestó brindando á los soberanos aliados. Luego todos los convidados marcharon en los carruajes de la corte al terreno de las fiestas, donde permanecieron muchas horas.

Nada mas puedo decir sobre estas fiestas de un lujo verdaderamente oriental, sino que costaron como unos setenta y cinco millones de piastras; esta cifra, mejor que todas las descripciones posibles, podrá dar al lector una idea de su magnificencia. Sin embargo, creo deber seña lar esta circunstancia : durante los últimos dias, el sultan, que todas las tardes acude como un simple particular á presenciar las fiestas desde su tienda, dió orden de que se permitiera entrar á la muchedumbre en el terreno reservado, y la multitud, aprovechándose del permiso, no cesaba de apiñarse en torno de la tienda imperial donde el sultan se hallaba solo con dos chambelanes, sin séquito y sin guardia.

Esta familiaridad del soberano produjo el mejor efecto en toda la poblacion, y particularmente en los europeos que están hechizados con las maneras afables y el aire de bondad del sultan. Por fin terminaré diciendo que todos los dias el terreno de las fiestas desde por la mañana hasta media noche contenia una muchedumbre de cien mil personas cuando menos, y que cada dia mas de treinta mil personas, civiles ó militares, se alimentaron espléndidamente á costa del sultan : esto es lo que se llama hospitalidad asiática.

**EULALIA**

POR M. E. ABOUT.

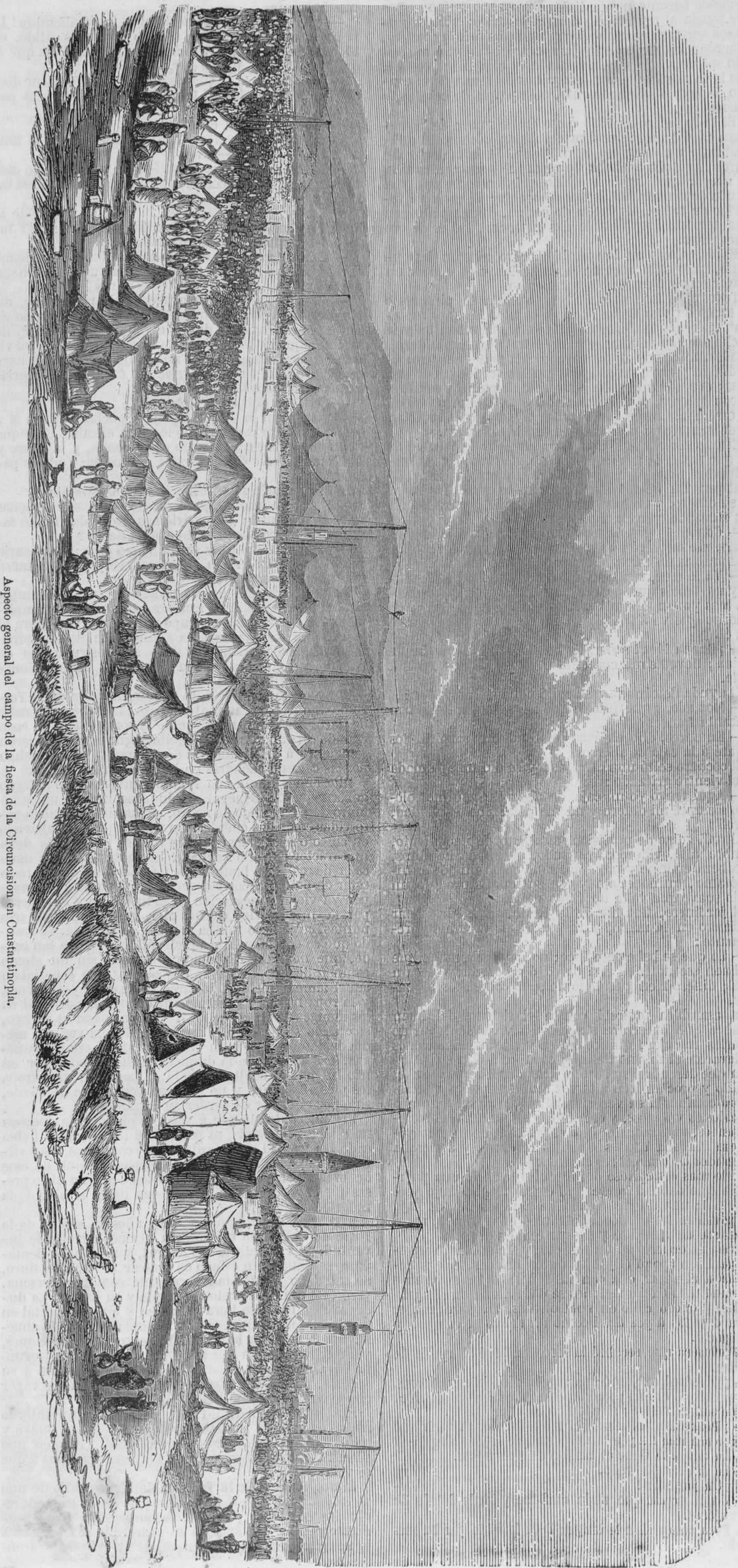
I.

**LOS AGUINALDOS DE LA DUQUESA.**

Entre los números 51 y 57 de la calle de la Universidad se ven cuatro palacios particulares que pueden contarse entre los mas hermosos de Paris. El primero pertenece al duque Pozzo di Borgo; el segundo al conde de Mailly; el tercero al duque de Choiseul, y el último al baron de Sanglié. Este hace esquina á la calle Bellechasse.

El palacio de Sanglié es una habitacion de noble apariencia, se abre sobre un patio de honor cuidadosamente enarenado y adornado con parras seculares. La casilla del suizo está á la izquierda oculta bajo un ramaje frondoso, donde charlan á porfía los gorriones y los porteros. En el fondo del patio á la derecha un ancho peristilo cubierto conduce al vestibulo y á la escalera principal. El piso bajo y el principal se hallan ocupados por el baron, que disfruta él solo de un vasto jardín limitado por otros jardines, poblado de mirlos y de ardillas que andan de vergel en vergel con toda libertad, como si fueran habitantes de un bosque y no ciudadanos de Paris.

Las armas de los Sanglié pintadas á la cera se ven repetidas en todas las paredes del vestibulo. Consisten en



Aspecto general del campo de la fiesta de la Circuncision en Constantinopla.



un *sanglier* (jabali) de oro en campo de gules; el escudo está sostenido por dos galgos, y tiene encima una diadema de baron con esta divisa: SANG LIÉ AU ROY (sangre ligada al rey). Media docena de galgos vivos agrupados según su capricho jugueteaban al pie de la escalera, muerden las flores en los jarrones del Japon, ó se tienden sobre la alfombra alargando su cabeza serpentina. Los lacayos sentados en banquillos de Beauvais se cruzan de brazos solemnemente, cosa propia de criados de buena casa.

El 1º de enero de 1833 á eso de las nueve de la mañana toda la servidumbre del palacio celebraba en el vestíbulo un congreso tumultuoso. El intendente del baron, Anatolio acababa de repartirles sus aguinaldos. El mayordomo había recibido quinientos francos y el ayuda de cámara doscientos cincuenta; el menos favorecido de todos, el pinche de cocina, contemplaba con una ternura inexplicable dos hermosos luises de oro nuevecitos.

Había celosos en la asamblea, pero ningún descontento, pues cada cual decía en su lenguaje que es un placer servir á un amo tan generoso.

Todos ellos formaban un grupo bastante pintoresco en torno de una de las bocas de estufa. Algunos se habían endosado la librea de gala; otros llevaban todavía el chaleco con mangas, que es el traje ordinario de los criados. El ayuda de cámara vestía todo de negro; el jardinero parecía un aldeano con las vestiduras de ir á misa; el cochero llevaba casaquilla de punto y sombrero con galones, y el suizo ostentaba su enorme tahalí de ceremonia. Aquí y allá junto á las paredes se veían escobas, zorros y plumeros en crecido número.

El amo dormía hasta las doce como es costumbre de los que pasan la noche en el club, de modo que la servidumbre tenía tiempo de sobra para sus tareas. Cada cual pensaba de antemano el empleo que debía hacer de su dinero, y no hay para qué añadir que las ilusiones entraban por mucho en la cuenta.

— Con esto y lo que tengo ahorrado, decía el mayordomo, me formaré una renta vitalicia muy decente. A Dios gracias no careceré de nada en mi vejez.

— Ya lo creo, repuso el ayuda de cámara; sois soltero y no tenéis que pensar más que en vuestra persona, mas yo tengo familia. Pero yo daré mi dinero á ese señorito que va á la Bolsa, á fin de que me gane algo con él.

— Buena idea! señor Fernando, dijo el pinche de cocina; llevadle mis cuarenta francos cuando vayais á verle.

El ayuda de cámara respondió con aire protector:

— Mozuelo, ¿qué quieres que hagan en la Bolsa con cuarenta francos?

— Entonces, dijo el joven sofocando un suspiro, los llevaré á la caja de ahorros.

El cochero soltó una carcajada y se dió una palmada en el vientre gritando:

— Aquí tengo yo mi caja de ahorros; aquí he colocado siempre mi dinero y no me pesa; ¿no es verdad, Altroff?

Altroff, suizo de profesión, alsaciano de nacimiento, hombre alto, vigoroso, panzudo, ancho de hombros, de cabeza enorme y tan rubicundo como un joven hipópótamo, guiñó el ojo y con su lengua produjo un ruido suave que valía un largo poema.

El jardinero, fina flor de la Normandía, hizo sonar su dinero en la mano, y respondió al honorable preopinante:

— Lo que se bebe poco luce; no hay nada mejor que un buen escondite en una pared ó en el tronco de un árbol; dinero bien guardado no se lo comen los alguaciles.

La asamblea protestó contra el sistema del buen hombre que enterraba sus escudos vivos en lugar de hacerlos trabajar; quince ó diez y seis exclamaciones se elevaron al mismo tiempo; cada cual dijo su palabra que descubrió su secreto; cada cual se pegó en el bolsillo y proclamó en alta voz sus esperanzas ciertas. El oro confundía su vozecilla aguda en aquel concierto de pasiones vulgares, y el ruido de las monedas de veinte francos, mas seductor que el perfume de un rico vino, embriagaba á todos aquellos cerebros y aceleraba los latidos de tan pobres corazones.

En lo mas estrepitoso del tumulto se abrió una puercecilla que daba á la escalera entre el piso bajo y el principal; una mujer vestida de harapos negros bajó con presteza los escalones, atravesó el vestíbulo, abrió la puerta de vidrieras y desapareció en el patio.

Todo esto ocurrió en un minuto, y sin embargo aquella aparición apagó el júbilo de los criados, que se levantaron al pasar ella con las señales del respeto mas profundo. Las exclamaciones se detuvieron en sus gargantas, y el oro calló en sus bolsillos. La pobre mujer había dejado en pos de sí como un rastro de estupor y de silencio.

El primero que recobró la serenidad fué el ayuda de cámara.

— ¡Diantre! exclamó; parece la miseria en persona. Mal principio el año; nada me saldrá bien de aquí al día de san Silvestre; siento frio en el espinazo.

— ¡Pobre mujer! añadió el mayordomo. ¡Y decir que ha sido tan rica!... ¿Quién creería que es una duquesa?

— La culpa la tiene el bribon de su marido.

— La ha comido todo.

— ¡Un jugador!

— Un libertino que anda mañana y tarde detrás de las mujeres.

— Poca compasión le tengo; Dios le da lo que ha merecido.

— ¿Y cómo está la señorita Eulalia?

— La negra me ha dicho que sigue muy mal; arroja mucha sangre.

— ¡Y no tiene en su cuarto una triste alfombra! La pobre criatura solo podría sanar en un país cálido, en Florencia ó en Italia. Otro ángel en el cielo; los que se quedan son mas dignos de compasión.

— No sé cómo la duquesa saldrá del apuro; tiene deudas por todas partes, el tahonero no la dará mas pan fiado.

— ¿Cuánto pagan de casa?

— Ochocientos francos, pero apostaría á que el amo no ha recibido un céntimo.

— Pues yo en su lugar preferiría ver el cuarto desalquilado antes que conservar en él personas de esa calaña.

— Eso es, y recogerían en la calle al duque de la Torre de Embleuse con su familia, ¿no es verdad? Tales miserias hay interés en ocultarlas.

— Toma, toma, dijo el de la cocina, buen cuidado me daría á mí, ¿porqué no trabajan? Los duques son hombres como los demás.

— Mozuelo, repuso con gravedad el mayordomo, estás diciendo cosas incoherentes. La prueba de que no son hombres como los demás es que yo, tu superior, no seré ni siquiera baron durante una hora en toda mi vida. Además, la duquesa es una mujer sublime, y hace cosas de que ni tú ni yo seríamos capaces. ¿Comerías tú puchero todos los días del año?

— Confieso que no me gustaria.

— Pues bien, la duquesa pone el puchero un día sí y otro no, porque á su marido le gusta el caldo. El duque toma una sopa exquisita con carne asada, y la pobre y santa mujer vive con los restos del cocido; ¿qué te parece?

El bribonzuelo se enterneció profundamente.

— Señor Tournoy, dijo el mayordomo, son personas muy interesantes; ¿no podríamos hacer algo en su favor poniéndonos de acuerdo con su negra?

— Tan orgullosa es la criada como ellos; no tomaría nada de nosotros. Y sin embargo, estoy por apostar á que no almuerza todos los días.

Esta conversacion habria podido durar largo tiempo, si el señor Anatolio no hubiera venido á interrumpirla. Entró justamente á tiempo para cortar la palabra al lacayo que abría la boca. La asamblea se dispersó prontamente, cada orador se llevó sus instrumentos de trabajo, y solo quedó en la sala de las deliberaciones una escoba gigantesca.

Entre tanto Margarita de Bisson, duquesa de la Torre de Embleuse, caminaba á paso largo hácia la calle de Jacob. Los transeúntes que la rozaron con el codo cuando corrían para dar ó recibir aguinaldos, la vieron semejante á las irlandesas desesperadas que marchan por las calles de Londres en busca de una limosna.

Hija de los duques de Bretaña, mujer de un antiguo gobernador del Senegal, la duquesa llevaba un sombrero de paja teñido de negro, cuyas cintas estaban retorcidas como dos cuerdas. Un velo pequeño agujereado en cinco ó seis partes ocultaba mal su rostro y le daba un carácter extraño: aquella hermosa fisonomía marcada de manchas blancas de tamaño desigual, parecia estar desfigurada por las viruelas. Un pañuelo de crespon ya viejo, ennegrecido en la tintorería y enrojecido por la intemperie, dejaba caer tristemente sus tres puntas, cuyo fleco rozaba la nieve de la acera. El vestido que se ocultaba bajo aquel pañuelo estaba tan usado, que no habria podido reconocerse sin un atento examen de qué tela era. Los zapatos que soportaban aquel lamentable edificio carecían de color y de forma, y la ropa blanca no asomaba por ninguna parte, ni en las mangas ni en el cuello. A veces al pasar el arroyo, el vestido se alzaba á la derecha y dejaba ver una media de lana parda y un simple refajo de estameña negra. Las manos de la duquesa medio heladas por un frio intenso se ocultaban bajo el pañuelo; arrastraba los pies al andar, y no por una costumbre indolente, sino por el temor de perder su calzado.

Por un contraste que á veces se observa, la duquesa no estaba ni delgada, ni pálida; ni la miseria la habia dado esa fealdad que regularmente comunica á sus víctimas. Había recibido de sus antepasados una de esas bellezas rebeldes que resisten á todo. Se han visto presos que engordaban en su calabozo hasta la hora de la muerte.

A la edad de cuarenta y siete años la señora de la Torre de Embleuse conservaba hermosos restos de juventud. Sus cabellos eran negros, y su blanca dentadura se hallaba en estado de masticar el pan mas duro. Su salud no estaba tan floreciente como su persona, pero este era un secreto entre ella y su doctor. La duquesa llegaba á esa hora peligrosa y á veces mortal en que la mujer desaparece y es reemplazada por la abuela. Mas de una vez habia sentido extrañas sofocaciones, y á menudo soñaba que la sangre la subía á la garganta para ahogarla. Calores inexplicables llegaban á su cerebro, y se despertaba en medio de un baño de vapor donde creía perder la vida.

El doctor Le Bris, un joven médico y un antiguo amigo de la casa, la recomendaba un régimen suave y sin fatigas y sobre todo sin emociones. ¿Pero en qué alma no habrían hecho mella las duras pruebas á que se veía sometida?

El duque César de la Torre de Embleuse, hijo de uno de los emigrados mas fieles al rey y de los mas encarnizados contra el país, fué recompensado magníficamente por los servicios de su padre. En 1827 Carlos X le nombró gobernador general de las posesiones fran-

cesas en el Africa occidental. Apenas tenia cuarenta años. En los veinte años que permaneció en aquel empleo hizo frente á los moros y á la fiebre amarilla; luego pidió una licencia para venir á Paris á casarse.

Era rico gracias á los mil millones de la indemnización, y dobló su fortuna casándose con la hermosa Margarita de Bisson que poseía en Saint-Briene 60,000 libras de renta. El rey firmó en el contrato matrimonial, el mismo día que firmó las ordenanzas que produjeron su caída, y el duque se encontró casado y destituido al mismo tiempo.

El nuevo poder le habria recibido gustoso en la muchedumbre de los tráfugas, y aun se dice que el ministerio de Casimiro Perier le hizo algunas proposiciones; pero él desdeñó todos los empleos por altivez primeramente, y luego por una pereza invencible. Sea que gastara en tres años toda su energía, sea que la vida de Paris le encadenara con un atractivo irresistible, lo único que hizo durante diez años fué lucir sus caballos en los paseos y mostrar en la ópera sus guantes amarillos. Paris era un lugar nuevo para él, pues habia vivido en el campo bajo la férula inflexible de su padre hasta el momento en que marchó al Senegal: llegó á probar tan tarde los placeres, que no tuvo tiempo para cansarse de ellos.

Todo le parecia delicioso, los goces de la mesa, las satisfacciones de la vanidad, las emociones del juego y aun las alegrías austeras de su familia. Mostraba en su casa las atenciones de un marido joven, y en el mundo el ardor de un hijo de familia emancipado. Su mujer era la mas feliz de Francia, pero no era la única á quien él hacia dichosa. Lloró de alegría cuando su hija vino al mundo que fué por el verano de 1833, y en el exceso de su felicidad compró una casa de campo á una bailarina de quien estaba enamorado perdidamente.

Las comidas que daba en su casa eran espléndidas, y solo comparables á las cenas que daba en casa de su querida. La sociedad que es siempre indulgente con los hombres, le perdonó este despilfarro de su vida y de su fortuna. Dijeron que sabia hacer muy bien las cosas, puesto que sus placeres exteriores no despertaban un eco doloroso en el hogar doméstico. ¿En buena justicia era dado acriminarle que gastara el sobrante de su corazon y de su bolsillo? Ninguna mujer compadecía á la duquesa, y en efecto, no era digna de lástima. El duque evitaba mucho todo compromiso, siempre se presentaba en público con su mujer, y habria prescindido de todos sus placeres si le hubieran notado enviarla sola al baile.

Esta vida doble, y los ardidés que tiene que emplear un galán para encubrir sus trapisondas, le costaron mucho dinero. Nada es mas caro en Paris que la sombra y la discrecion. El duque era demasiado altanero para ajustar cuentas con nadie. Nunca supo negar ninguna cosa á su mujer ni á la mujer del prójimo. Y no se vaya á creer que ignoraba las brechas enormes que hacia en su capital, pero contaba con el juego para repararlo todo. Los hombres que han recibido sus bienes durmiendo, se acostumbra á una confianza ilimitada en el destino.

El duque era afortunado como aquel que toma los naipes en la mano por la vez primera. Se calcula que sus ganancias del año 1841 doblaron sus rentas. Pero nada dura en este mundo, ni la suerte en el juego. La liquidacion de 1848 que puso á descubierto tantas miserias, le dió á conocer que estaba arruinado completamente, le descubrió que á sus pies tenia un abismo sin fondo.

Sin embargo, se fue derecho á su mujer y la dijo con alegría:

— Mi amada Margarita, la pícara revolucion nos lo ha llevado todo; ni mil francos nos quedan.

La duquesa que no esperaba semejante noticia, pensó en Eulalia y echó á llorar amargamente.

— Nada temas, añadió, es una borrasca que pasará. Cuenta conmigo, yo cuento con el acaso. Dicen que soy un hombre ligero, tanto mejor; no me iré á fondo en el agua.

La pobre mujer enjugó sus lágrimas y exclamó:

— ¿Te pondrás á trabajar, amigo mio?

— ¡Yo trabajar! No por cierto. Esperaré á que venga la fortuna; es una caprichosa que está demasiado bien conmigo para que me deje así de golpe y porrazo, sin volverme á ser propicia.

El duque esperó ocho años en un cuartito del palacio de Sanglié sobre las caballerizas. Sus antiguos amigos le ayudaron al pronto con su bolsillo y con su crédito, y el duque tomó sin escrúpulo como hombre que habia prestado mucho sin garantía.

Le ofrecieron muchos empleos, todos muy honrosos; una compañía industrial quiso que formara parte de su consejo de vigilancia con un buen sueldo, pero él no quiso admitir temiendo degradarse.

— Venderé mi tiempo, decía, pero no prestaré mi nombre.

Y de aquí resultó que fué bajando uno por uno todos los escalones de la miseria, cansando á sus amigos y á sus acreedores, cerrándose todas las puertas, gastando aquel nombre que no queria comprometer, pero sin hacer el mayor caso del frac remendado que paseaba por las calles, ni de su chimenea sin lumbre por falta de dos pedazos de leña.

El 1º de enero de 1833, la duquesa llevaba al Monte de Piedad su anillo de desposorios.

Preciso es carecer de todo socorro humano para empuñar un objeto de tan corto valor como un anillo de matrimonio. Pero la duquesa no tenia en casa un maravedí y sin dinero no se vive, aunque en Paris sea la



confianza el gran resorte del comercio. Una infinidad de cosas se pueden tomar sin pagarlas cuando se arroja sobre el mostrador del tendero un nombre ilustre y las señas de un palacio. Se puede amueblar una casa, llenar de ricos vinos una cueva y proveerse de ropa sin desembolsar una moneda; pero hay mil gastos cotidianos que exigen dinero. Se compra al fiado un frac, pero el remendarle se paga al contado. A veces es más fácil comprar un reloj que una libra de patatas. La duquesa tenía en algunas tiendas un resto de crédito que trataba de conservar con mucho cuidado; pero en cuanto a dinero ignoraba dónde podía hallarlo. El duque de la Torre carecía ya de amigos; los había gastado como su fortuna.

Suele haber un compañero de colegio que nos quiere hasta la cantidad de mil francos, un amigo que nos presta el doble, otro que adelanta un poco más; pero al pasar de cierta suma, el que presta se emancipa de todos los deberes de amistad; ha hecho ya demasiado, cuanto podía y más de lo que podía, puede ya desviar los ojos cuando ve al importuno y cerrarle su puerta en los hocicos cuando asoma a ella.

Las amigas de la duquesa se habían ido emancipando una por una. Seguramente, la amistad de las mujeres es más caballeresca que la de los hombres, pero en ambos sexos solo entre iguales existe un afecto duradero. Se experimenta un placer lisonjero en subir dos ó tres veces una escalera empinada y en sentarse con vestidos de toda gala a la cabecera de un lecho miserable, pero pocas almas hay bastante heroicas para vivir familiarmente con la desgracia ajena. Las amigas más íntimas de la pobre mujer, aquellas que la llamaban Margarita, sintieron que se las enfriaba el corazón en aquel aposento sin alfombra y sin lumbre, y habían cortado sus visitas. Cuando las hablaban de la duquesa hacían su elogio, la compadecían sinceramente y exclamaban: «Nos queremos lo mismo que antes, pero apenas nos vemos ya por causa de su marido.»

En aquel abandono lamentable la duquesa acudía al último amigo de los desgraciados, al usurero, que presta con un interés escandaloso, pero sin amargas objeciones. En el Monte de Piedad tenía sus joyas, sus pieles, sus encajes, lo mejor de su ropa y uno de los colchones de su cama. Todo lo había empeñado a la vista del viejo duque que miraba desfilarse una por una las prendas de valor de su casa, diciéndolas alegremente que llevarán buen viaje.

Este incomprendible anciano vivía en su morada como Luis XV en su reino, sin cuidarse del porvenir en lo más mínimo. Se levantaba tarde, almorzaba con buen apetito, pasaba una hora en su tocador, se tenía el pelo, se cubría con polvo sus arrugas, se daba colorete, se limaba las uñas y luego pasaba sus gracias por París hasta la hora de la comida.

En manera alguna extrañaba encontrar una buena comida en la mesa, y era hombre demasiado discreto para preguntar a su mujer de donde procedía. Por el contrario, si era mala, lo deploraba y sonreía a la mala fortuna como a la buena en otro tiempo. Cuando Eulalia principió a toser, el duque se chanceó agradablemente sobre lo malo de semejante costumbre. Mucho tiempo pasó sin ver que empeoraba, y cuando llegó a descubrirlo sintió una contrariedad suma.

Al anunciarle el doctor que solo por un milagro se salvaría la joven, le llamó médico de mal agüero y dijo restregándose las manos:

— No será nada.

Ni él mismo habría podido decir si tomaba aquella soltura por tranquilizar a su familia ó si su ligereza natural le impedía sentir dolor ninguno. Su mujer y su hija le adoraban tal como era, trataba a la duquesa con la misma galantería que de recién casado y hacía saltar a Eulalia sobre sus rodillas. La duquesa no sospechó jamás que era la causa de su ruina, estaba viendo en él un hombre perfecto durante veintitres años consecutivos, tomaba su indiferencia por valor y firmeza, esperaba en él a pesar de todo y le creía capaz de levantar su casa con un golpe de fortuna.

Eulalia no tenía más que cuatro meses de vida a juicio del doctor Le Bris. Debía morir al comenzar la primavera, las lilas blancas tendrían tiempo para florecer sobre su losa. Ella presentía su fin y juzgaba su estado con un acierto muy raro en los tísicos. Quizás conocía también el mal que minaba a su madre. Dormía al lado de la duquesa, y en sus largas noches de insomnio se asustaba a veces con el sueño agitado de su querida enfermera.

— Cuando muera yo, decía, mamá me seguirá al sepulcro, de modo que no nos separaremos durante mucho tiempo. Pero ¿qué será de mi padre?

Todos los cuidados, todas las privaciones, todos los dolores físicos y morales habitaban en aquella morada, y en París donde la miseria abunda, no había quizá una familia tan completamente miserable como la familia de la Torre de Ambleuse que poseía por último recurso un anillo de desposorios.

La duquesa corrió al Monte de Piedad, pero estaba ya cerrado aquel día, era domingo. No obstante, como el duque no debía principiar el año con un ayuno forzoso, entró en casa de un platero y vendió su sortija por once francos. El platero prometió guardársela durante tres meses, si quería hacerse otra vez con ella.

Hizo un nudo al dinero en una punta de su pañuelo de bolsillo y marchó desde la plazuela del Odeon donde había vendido el anillo a la calle de los Lombardos; entró en una droguería, compró una botella de aceite de bacalao para Eulalia, atravesó el mercado, eligió una perdiz y un grueso marisco y volvió llena de lodo hasta

las rodillas al palacio Sanglié. La quedaban cuarenta céntimos.

El cuerpo de casa que habitaba entonces, es una construcción ligera añadida hará unos treinta años al resto del edificio. Las cuatro piezas que le componen, se hallan separadas por tabiques de madera. La antesala da por un lado al salón y por otro a un largo corredor que conduce al cuarto del duque. Del salón se pasa al aposento de la duquesa y de allí al comedor, que termina las piezas y pone en comunicación el cuarto de la duquesa con el de su marido.

La señora de la Torre de Embleuse halló en la antesala a su única criada la vieja Semíramis que lloraba silenciosamente sobre un papel desplegado.

— ¿Qué tienes? le preguntó.

— ¡Ay! señora, he aquí todo lo que ha traído el tahonero. Si no le damos dinero, no nos dará pan.

La duquesa tomó la cuenta, que importaba más de ochocientos francos.

— No llores, la dijo, toma estos sueldos, anda a la tahona de la calle de Bac, compra un panecillo de flor para el amo, y para nosotras traerás pan común. Lleva esto a la cocina, es el almuerzo del amo. ¿Está despierta Eulalia?

— Si señora, el médico la ha visto a las diez; aun está en el aposento del señor duque.

Semíramis salió y la duquesa se dirigió hacia el cuarto de su marido. Cuando abrió la puerta oyó la voz del duque, clara, alegre y brillante como un cohete:

— ¡Cincuenta mil francos de renta! decía el viejo; ¡ya sabía yo que la fortuna me volvería un día u otro!

## II.

### PROPOSICIONES DE MATRIMONIO.

El doctor Carlos Le Bris es uno de los hombres más queridos en París. La capital tiene sus niños mimados en todas las artes, y no conozco otro que disfrute de mayor estimación. Nació en un pueblecillo de la Champaña, pero hizo sus estudios en el colegio de Enrique IV. Un pariente suyo que ejerce la medicina en el lugar de su nacimiento, le destinó a la misma carrera; Carlos siguió los cursos, frecuentó los hospitales, practicó a la vista de los maestros y ganó además de sus diplomas ciertas medallas que constituyen el principal adorno de su gabinete. Su única ambición era suceder a su tío, pero al ver sus grandes disposiciones, su mismo pariente le preguntó por qué no se establecía en París. Su talento se mostraba con formas tan seductoras, y su gran paletó doctoral le sentaba tan bien, que desde el primer día hubo de adivinarse en el lugar que serían para él todos los enfermos. El venerable tío dijo que era muy joven para retirarse, y la rivalidad del sobrino le dio fuerzas que ya no tenía. En una palabra, el pobre mozo fué tan mal recibido, que desesperado se volvió a París. Sus antiguos maestros le proporcionaron una clientela, los grandes hombres saben arreglarse para no tener celos. Gracias a su generosidad, el doctor Carlos Le Bris se hizo una reputación en cinco ó seis años. En una casa le apreciaban como hombre de talento, en otra como un buen bailarín y en todas como un hombre de bien del trato más afable. Ignora todavía los primeros elementos del charlatanismo, habla muy poco de sus triunfos y abandona a sus enfermos el cuidado de decir que él los sanó. Su aposento no es nada espléndido; vive en un cuarto piso en un barrio extraviado. ¿Es por modestia ó por coquetería? Se ignora. Los pobres de la vecindad no se quejan de él, pues los cuida con tal aplicación que a veces olvida su bolsillo a la cabecera de la cama.

Tres años hacía que era médico de la señorita de la Torre de Embleuse. Había estudiado los progresos de la enfermedad sin poder hacer nada para contenerlos. Sin embargo, no era Eulalia una de esas criaturas condenadas desde su nacimiento, que llevan en sí el germen de una muerte hereditaria. Su constitución era robusta, su pecho anejo, y su madre jamás había tosido. Un constipado pertinaz, un cuarto frío, la privación de las cosas necesarias para la vida, habían causado todo el mal. Poco a poco, a pesar de los cuidados del doctor, la joven había ido tomando el color de la cera, había ido perdiendo las fuerzas, hasta que llegaron a faltarle el apetito, la alegría, el aliento, el gozo de respirar el aire puro.

(Se continuará.)

### Revista de la moda.

SUMARIO. — La elegancia en los baños de mar. — De la dificultad de ser elegante. — Los panamás a 1,000 francos. — Los vestidos blancos en los bailes. — Importancia de las corbatas de granadina. — De los anillos en las corbatas y en los dedos. — Fraude de las sortijas sentimentales. — Joyas de Lemonnier. — Trajes de verano autorizados por el cometa. — Dos categorías de cazadores. — Trajes de caza, mayor y menor. — Descripción del figurín que representa trajes de campo fotografiados en un hipódromo de provincia.

Ya hemos dicho que la elegancia parisiense está en los baños; solo quedan aquí los bolsistas, los oficinistas y los comerciantes, gente toda que si no está reñida con la elegancia, al menos no hace de ella un asunto de vanidad y de

lujo, como los ociosos del gran mundo. La fortuna no da distinción a nadie. Balzac ha dicho muy bien: «Un hombre se hace rico, y nace elegante.» La elegancia no se compra, es innata. Cada traje anuncia la esfera de nobleza y de buen gusto, cada fortuna tiene su base y su nombre.

El mismo Balzac ha dicho también que el lujo era menos dispendioso que la elegancia. Efectivamente con dinero se compran ricos vestidos, un hermoso carruaje, soberbios caballos, pero al mismo tiempo que se ostenta este lujo, se ignoran los mil y mil caprichos refinados y delicados de la elegancia.

La elegancia, lo mismo en el hombre que en la mujer, depende a veces de una cosa insignificante. No siempre el que lleva muchas joyas y un panamá más caro, es el que mejor viste.

Preciso es saber dar al panamá su valor verdadero con un tipo de hombre bien educado y elegante. Con un panamá de 1,000 francos un hombre común será siempre un hombre común.

Esta cifra de 1,000 francos parecerá una exageración mía, nada de eso; en la plaza de la Bolsa hay un sombrero que vende los panamás superiores a 1,000 francos cada uno.

Los trajes para baños de mar son más caprichosos que los que se llevan en París; aun se dice que se abusa demasiado del vestido blanco completo en los casinos y en los salones de conversación, donde los jóvenes se presentan vestidos de molineros cuando las damas llevan prendidos de baile. Así es que se reclama ya el frac negro, el pantalón blanco, el chaleco blanco y la corbata blanca. Se admitiría la corbata de granadina azul, malva ó rosa, pero se declama contra la casaquilla de hilo blanco.

Las corbatas de granadina hacen furor: no se lleva otra cosa. Algunos elegantes suelen poner a guisa de pasador un anillo de pedrerías que reúne la corbata en el cuello, como los majos andaluces; las puntas quedan flotantes.

Por mi parte diré que no me gustan las sortijas en las corbatas de los buenos mozos, como tampoco me gustan en sus dedos; este adorno es más propio para la mano bonita de las damas. Lo que me gusta es la sencillez natural y distinguida. Los anillos tienen además otro empleo; los jóvenes los llevan entre los sellos del reloj; cada uno representa un recuerdo: Don Juan no pensó en los anillos para representar el número de sus víctimas.

Desgraciadamente la crónica supone que muchas de esas sortijas emblemáticas se compran en casa de Lemonnier. Las malas lenguas nada respetan, ni siquiera las pretensiones de un buen mozo.

«Lemonnier», el célebre joyero en pelo es el gran editor no responsable de todas las novelas de corazones de vanidad. No siempre el amor hace el primer papel en la gran comedia humana. Entre el número de alhajas de pelo que Cupido destina a los enamorados, sus colaboradores, voy a enumerar algunos modelos artísticos de todo punto extraordinarios; no las hace un cualquiera:

— Un alfiler Chantilly representando una aceituna engarzada en un anillo de perlas finas, con otra aceituna colgando. Las aceitunas son de pelo.

— Otro alfiler Jokey Club formado de un lingote de oro de pelo. El lingote está enclavado en un anillo de oro de pelo, con dos gruesas perlas finas, «nada más que dos», y dos cadenas de oro, de cada una de las cuales cuelga una arracada de perlas finas.

— Una cadena «forçat» reproducida con dos anillos dobles de pelo retenidos por cuatro martillitos de oro. Este modelo de cadena es muy nuevo, muy artístico, y sobre todo muy rico.

Volvamos a los trajes de verano.

El cometa ha decretado los pantalones de hilo blanco y de imperial para los trajes de paseo; hace tanto calor, que es imposible vestirse de otra manera. El pantalón traje reemplaza al negro en el traje de toda etiqueta.

Los vestidos para baños de mar se resumen pues en jaquetas de piqué, de camolote de hilo blanco, y fracs de seda y de popelina de Irlanda.

También los elegantes se preocupan de los vestidos de caza. Dentro de un mes las liebres y los cervatillos no podrán conversar tranquilamente sobre la yerba fresca en la sombra de los bosques. El cazador toma, pues, sus medidas para organizar de antemano su traje. ¿Qué vestido estará a la moda este año?

Primero es preciso saber a qué categoría de cazadores pertenece el hombre, pues hay caza grande y pequeña. La caza mayor exige una jauría completa, criados y una colección de buenos caballos; para esta caza régia no hay nada más elegante que la casaca escarlata, gamuza ó verde Napoleón. Ordinariamente el cuello, las bocamangas y las carteras de los lados se ponen de terciopelo rojo con borde exterior de galon oro y plata. Estas casacas se hacen a la inglesa ó a la francesa; a la inglesa los faldones son pequeños y estrechos, a la francesa son por el contrario largos y cuadrados.

El chaleco es de cuello derecho y muy largo, género Luis XVI; unos le llevan de terciopelo parecido al de las bocamangas y el cuello, otros le prefieren de piel de gamo. Sigue a la moda el calzón blanco ó ceniciento de piel de gamo, a menos que no sea de punto de algodón doble inglés que se lava perfectamente. Botas blandas de campana con espuelas de plata. En la cabeza nada está mejor que un gorrito redondo a la Daumont de terciopelo, con una borlita de oro.

Para la caza menor al acecho, que es la que prefieren los verdaderos cazadores, hay trajes diversos. Unos llevan una chaquetilla con faldetas cruzada sobre el pecho que se hace de paño ó de satén impermeable, de punto labrado ó de terciopelo rayado inglés ó francés, con tal de que la calidad sea buena. No todas estas chaquetillas de caza se hacen para llevarlas cruzadas; hay algunas con una sola hilera de cinco botones, que pueden abotonarse fácilmente desde abajo hasta el cuello. Otros cazadores admiten la blusa con el cinturón de cuero.



Con estos diversos trajes el chaleco de búfalo y el calzon de terciopelo son de rigor; las polainas y los zapatos son de cuero ordinario.

Para completar esta revista de la elegancia, hé aquí diferentes trajes de campo, de los mas en favor, que han sido fotografiados en un hipódromo de provincia.

El primero es enteramente un traje de vestir; se compone de un sobretodo de «foulard» de seda gris ceniciento. Este sobretodo tiene tres costuras, y dibuja ligeramente las curvas. Por delante cierra con tres botones, pantalon ligero de lana color de avellana, derecho y sin trabillas; corbata de granadina azul de China; guantes gris perla, género de la China; sombrero á la Dorsay.

Viene luego un niño de seis á siete años con un bonito

traje á la moda del renacimiento, que se compone de un justillo con una falda corta y muy ancha de cachemires de lana azul claro; al exterior lleva un ribete de galon de seda color de tabaco de España, cosido llano sobre la orilla. Debajo lleva un pantalon de hilo fino ó de algodón guarnecido de encaje por abajo. Botines y zapatos de charol.

A este niño acompaña un jovencito de unos quince años; á esta edad ya llevan los jóvenes el mismo traje que los hombres. Compónese de un paletó ó especie de casaquilla cortada derecha que no ajusta por ninguna parte, y que sin embargo no es un saco. Esta prenda lleva una sola hilera de botones, y puede abotonarse si se quiere.

Chaleco de valencias color de paja, cerrado derecho hasta el cuello. Pantalon blanco de hilo, ancho y sin trabillas.

Por último se ve un traje especial para montar á caballo, que consta de un frac francés de paño negro inglés sostenido sobre el pecho por el tercer boton. Los faldones y los delanteros son de una sola pieza, pero los costados están añadidos, á fin de que la prenda indique las curvas. Mangas muy anchas por arriba y casi juntas por abajo con una pequeña abertura y un boton.

Chaleco de piqué fantasía de chal y de un largo ordinario por abajo.

Pantalon de saten gris liso ajustado y con trabillas cosidas. Un respunte hecho á cierta distancia, forma como una especie de vivo sobre el lado.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

### Federico Sauvage.

Este nombre mas hay que añadir al martirologio de los hombres útiles y menospreciados por sus contemporáneos.

Pedro-Luis-Sauvage, nació en Boulogne del Mar el 19 de setiembre de 1785. En su juventud estuvo empleado en las oficinas de los ingenieros militares de su pais natal. En 1811 hizo dimision de su empleo y se dedicó á la construccion de buques. El rasgo siguiente manifiesta la alta probidad que le era característica. Una compañía francesa se encargó de construir varios vapores para la travesía entre Boulogne y Lóndres. Después de haber examinado el plan que presentaba un sistema particular de construccion y de instalacion, Sauvage hizo algunas observaciones que no fueran oídas. A pesar de los brillantes beneficios que le prometian aquellas obras, se despidió de la compañía «por no poderse resolver á construir buques que á su juicio no podian navegar sin comprometer la vida de los hombres y los intereses de sus compatriotas.» Con tal rigidez de principios era difícil que Sauvage prosperara en su industria, y en efecto, poco tiempo después renunció á ella.

En 1821 Sauvage creó en las canteras de Ellingen cerca de Marquise, un establecimiento para cortar y pulimentar el mármol, á beneficio de un molino horizontal que era invencion suya. Este ingenioso mecanismo, que tenia por objeto producir un movimiento continuo, fuese cual quisiera la direccion de los vientos, no era enteramente nuevo en su principio, pero los acertados perfeccionamientos de Sauvage constituyen una invencion positiva que valió á su autor una medalla de oro otorgada en 1825 por la sociedad de agricultura, comercio y artes de Boulogne.

Dotado de una actividad extraordinaria y de una gran constancia para el trabajo, Sauvage en tanto que dirigia su explotacion en las canteras susodichas, se ocupó en mejorar su máquina para cortar la piedra. En aquel tiempo haciendo alusion á aquel trabajo continuo que tendia á la perfeccion, escribia lo que sigue:

«No estoy contento sino cuando nada me queda que desear; no vacilo en destruir el domingo lo que he hecho durante la semana; de este modo renuevo mis placeres.»

Por la misma época el genio inventivo de Sauvage se manifiesta de nuevo con la invencion de otra máquina á la que da el nombre de fisionometro, y que ofrece á la plástica un procedimiento fácil y seguro para formar moldes en hueso sobre objetos en relieve, y obtener después una reproduccion exacta de esos objetos. Este procedimiento aplicado mas tarde, bajo la denominacion de fisionotipo, por dos especuladores cuyas fructuosas empresas tuvieron á veces menos elementos de buen éxito, no produjo á su autor los buenos resultados que debian esperarse de su utilidad incontestable.

En medio de tales sinsabores, Sauvage prosiguió laboriosamente la solucion de un problema que otros habian propuesto antes que él sin resolverle completamente: la aplicacion del hélice á la navegacion. Su buen

talento que le alejaba de las abstracciones y de las hipótesis, supo descubrir con la observacion los verdaderos elementos y la funcion del hélice. Determinando el ángulo bajo el cual el remo produce la mayor fuerza dinámica en la maniobra de la *godille*, Sauvage llegó á señalar al hélice su forma, sus proporciones y su posicion mas favorable. Esta induccion tan sencilla era un rasgo de genio, pues realizó la navegacion por medio

inventor. Sauvage habia previsto este resultado cuando escribia á su hermano: «Resulte lo que quiera de la experiencia, me atengo siempre á la aplicacion de los hélices simples, cuya superioridad está perfectamente reconocida sobre los hélices fraccionados.»

La experiencia del *Napoleon* pedia perfeccionamientos que se presentaron en crecido número. Aquella multitud de sistemas tuvo por efecto hacer perder de vista la

invencion primitiva de Sauvage que el privilegio de 1832 no protegía contra las supuestas innovaciones. M. Seguiet, miembro del Instituto, escribia al desgraciado inventor que querian despojar de su descubrimiento: «Paciencia y valor... quiero que sepa todo el mundo que el hélice es una invencion francesa... Descansad en mí... conozco todo lo que habeis hecho y se dará al César lo que es del César.»

A pesar de esto, Sauvage no recogió debidamente los beneficios de aquella justicia que le prometian. Su privilegio cayó en el dominio público antes de que él hubiese podido aprovecharse de los frutos de su trabajo y de sus sacrificios. Se concibe que al fin el desaliento se apoderara de aquel espíritu debilitado por tanto sufrimiento moral cuando vió que se escapaba de sus manos el premio de todas sus obras que ambicionaba para su familia, objeto de su entrañable afecto.

Hemos omitido mencionar dos invenciones de un orden menos elevado, pero que honran igualmente el genio de Sauvage. La primera que data del año 1836 es el *reductor*, especie de aplicacion del pantógrafo á la escultura para la reduccion de los bajos relieves. A beneficio de este precioso instrumento se han podido vender á precios mínimos copias reducidas de las obras maestras de la estatuaría. El procedimiento aplicado aun en el día por M. H. Sauvage, hijo del inventor, se emplea para la reduccion de objetos antiguos del Louvre, y debe proporcionar á todas las academias y escuelas de dibujo una coleccion de hermosos modelos á un precio módico. La última invencion de Sauvage es el fuelle hidráulico por medio del cual se eleva el agua á una altura determinada por el peso de la columna de agua. Es de sentir que la práctica no haya sacado mayor partido de esa máquina útil para una porcion de cosas, y que puede reemplazar con una economía notable las bombas para los incendios y para el riego.

Se sorprende uno que tan ingeniosas aplicaciones hayan podido surgir en medio de las inquietudes de una vida tan agitada. Casi se debe creer que no costaban ningun esfuerzo al genio de Sauvage, y que este producia invenciones espontáneamente como los árboles dan fruto. Pero ¡ay! bajo las apariencias de una fecundidad prodigiosa se oculta un trabajo bien grande, un trabajo que tanto como los desengaños llegó á cansar los resortes de aquella inteligencia elevada, y llevó á Sauvage á la casa de locos de Picpus donde ha fallecido el 17 de julio último.

Todo lo que ha hecho la Francia por Sauvage ha sido concederle una pension de 2.000 francos; pero sus hijos y su hermano, que han sido partícipes de sus sacrificios, esperan aun el premio de su generoso concurso á la obra de Sauvage.

F.



Federico Sauvage, inventor del hélice. — Dibujo de Gavarni.

del hélice que otros habian pugnado por descubrir antes de Sauvage.

Varias experiencias en pequeño demostraron los famosos efectos del propulsor imaginado por Sauvage, pero no bastaron para acreditar el sistema. Pedian al pobre inventor que habia hecho ya tantos sacrificios, pruebas mas decisivas, experiencias en grande. Sauvage tuvo que luchar durante diez años contra la indiferencia del gobierno y del público. Su invencion desdeñada en Francia pasó el estrecho, y allí se aplicó con algunas modificaciones que no pudieron desnaturalizar su origen. Sauvage debió creer que habia llegado el día de la reparacion, y que su idea iba á triunfar de repente de los obstáculos que habia encontrado cuando le anunciaron, en la cárcel del Havre donde estaba detenido por las deudas que habia contraído en sus experiencias improductivas, que habia salido á la mar el primer buque francés de hélice. La prueba con el *Napoleon* puso en evidencia los defectos en la aplicacion del hélice que acababa de hacerse; pero estos defectos eran la consecuencia de las alteraciones que el sistema de Sauvage habia sufrido en la ejecucion contra lo prevenido por el in-